

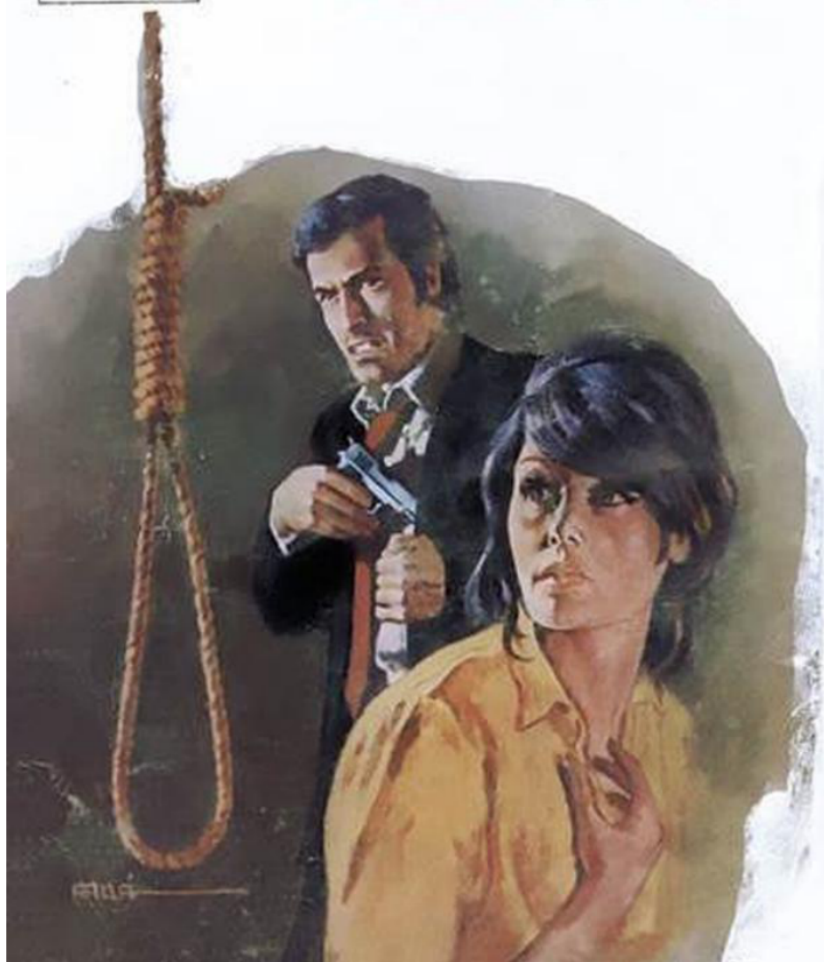
WOLFGANG BRUGGER

PUNTO

ROJO

la venganza del ahorcado

CLARK CARRADOS



COLECCION

PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.492. - Muerte, final de ruta.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.344. - Matanza en la ciudad del vicio.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.058. - Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812. - Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

943. - La hondonada del diablo.

En Colección BRAVO OESTE:

526. - Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818. - El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

1.635. - Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138. - Contratados para morir.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

68. - Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

739. - Círculo de vicio.

En Colección COLORADO:

973. - El rural, el bandido y la dama.

CLARK CARADOS

LA VENGANZA DEL AHORCADO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 748
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B. 27.340 -1976

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: agosto, 1976

© Clark Carrados - 1976

texto

© Salvador Fabá - 1976

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

CAPÍTULO PRIMERO

Precedido de un siniestro rumor de cerrojos que se abrían y cerraban, el hombre alto y fornido, de rostro pétreo, avanzó, escoltado por dos guardianes uniformados, hacia el lugar donde el condenado a muerte pasaba sus últimas horas.

Al llegar a la última verja, fueron recibidos en persona por el jefe de vigilantes, quien se encargaba de que todo sucediese con normalidad. El jefe parpadeó al ver un rostro que le resultaba completamente desconocido.

—¡Eh! —dijo—. Pero éste no es...

—Perdón, señor —manifestó uno de los guardianes—. El... titular del puesto ha enfermado repentinamente, de gravedad. Este hombre viene a sustituirle.

Dave McPherson, jefe de vigilantes, miró recelosamente al hombre del rostro impenetrable.

—Espero que sepa cumplir con su deber —dijo—. Hay un reo y debe morir con prontitud y dignidad, según exige la ley.

—Así será —contestó el verdugo sustituto.

—Bien, abre, Pete —ordenó el jefe de vigilantes.

Los recién llegados pasaron a un corredor de escasa longitud, flanqueado a ambos lados por puertas enverjadas. Al otro lado de una de ellas, un hombre, vestido con el uniforme carcelario, conversaba en voz baja con un guardián.

El verdugo llegó frente a la reja y contempló durante unos segundos al condenado. McPherson hizo una leve señal. El guardián se puso en pie.

McPherson se volvió hacia el verdugo.

—Ése es su hombre, señor...

—Smith —dijo escuetamente el hombre de la cara pétrea.

Para el jefe de vigilantes, Smith era un apellido falso, pero dadas las circunstancias, lo pasó por alto. Resultaba lógico que el verdugo

quisiera ocultar su verdadera identidad.

—Bien, señor Smith. ¿Desea algo? —consultó.

—S: no hay inconveniente, quisiera estudiar más de cerca al reo —dijo el verdugo.

—Por supuesto.

La verja se abrió y Smith pasó al interior de la celda, mientras el guardián se retiraba unos pasos. McPherson se volvió hacia uno de los vigilantes que habían acompañado al verdugo.

—Supongo que todo estará en orden —masculló.

—Sí, jefe. Smith trae todos los papeles en orden. El director en persona los ha examinado y no ha visto inconveniente alguno en que se encargue de la ejecución.

Smith se acercó al reo, con una cinta métrica en la mano.

—Dispense, señor —murmuró, cortés—. Debo tomar nota de sus medidas.

—Claro, claro —contestó el reo irónicamente—. El caso es que sea un viaje muy corto.

—Lo será, señor. Le aseguro que no sufrirá en absoluto.

—Pues..., qué bien... —dijo el condenado.

El verdugo le hizo volverse de espaldas.

—No te preocupes, Murray —bisbiseó—. Todo saldrá bien.

—¿Seguro? —preguntó el reo en el mismo tono.

—Lo ensayé con Ray Hackill. Es de tu mismo peso y estatura. Resistió perfectamente.

—¿Por qué precisamente con Hackill?

—Tenía una cuentecita pendiente con él... Bien, señor. —Smith alzó la voz—, muchas gracias por su colaboración. Y le ruego me dispense, pero la ley..., es la ley.

—Sí, seguro.

Smith se volvió hacia la puerta.

—Muchas gracias, jefe —dijo inexpresivamente.

McPherson consultó su reloj. Pronto amanecería. Ya tenía ganas de terminar con todo. Ciertamente que el reo había cometido un crimen repugnante y que no merecía perdón, pero..., aun así, quitar una vida a sangre fría, aunque fuese por imperativo de la ley, siempre resultaba muy duro.

Acompañado por dos guardianes, Smith atravesó el corredor y llegó a una puertecita, que daba al cuarto de ejecuciones. Era una

estancia de forma cúbica, con suelo de madera, en cuyo centro se hallaba situada la trampilla sobre la que debía poner sus pies el condenado.

Un guardián había traído ya el saco que contenía la cuerda con el lazo corredizo. Smith manipuló fríamente, con precisión. «Para ser su primera ejecución, no cabe la menor duda de que sabe hacerlo bien», pensó uno de los guardianes que le contemplaban.

Al cabo de un rato, Smith se volvió hacia sus acompañantes.

—Estoy listo —informó.

—Bien, voy a decírselo al jefe.

Smith permaneció inmóvil. Al otro lado de la puerta se oyó de pronto rumor de voces. También se oyeron voces en la habitación que había bajo el suelo de madera, en la que debían situarse los testigos de la ejecución.

A la hora señalada, el reo llegó al patíbulo. Caminaba normalmente, sin necesidad de apoyarse en los guardianes que le flanqueaban. En su boca, de finos labios, había un rictus burlón.

Smith se arrodilló y le ató los tobillos con una fina correa. Luego se irguió para ajustarle el lazo corredizo, tarea en la que pareció mostrarse un tanto inexperto. Pero, al fin, consiguió que la cuerda ciñese el cuello del reo.

Finalmente, le cubrió la cara con un capuchón negro. Dio un paso lateral y se acercó a la palanca que accionaba la trampilla.

McPherson, el jefe de vigilantes, tenía su reloj de bolsillo en la mano izquierda. A la entrada del cuarto de ejecuciones había un teléfono, junto al cual se hallaba un guardián.

A las seis en punto, McPherson miró al guardián. Éste meneó la cabeza.

Era un gesto harto significativo. El indulto no había llegado.

McPherson movió primero la cabeza y luego la mano. La puerta se cerró, un segundo antes de que Smith tirase de la palanca.

Entonces, el condenado, Murray Hennings, se precipitó al vacío.

Abajo sonaron algunas ahogadas exclamaciones. Poco más tarde, el doctor Penobscue, médico de la prisión, se acercó al cuerpo que pendía de la soga y aplicó un estetoscopio al pecho.

Transcurrieron algunos segundos. Al fin, Penobscue se volvió hacia los circundantes y pronunció la frase de ritual:

—Declaro solemnemente que este hombre está muerto.

El día se había vuelto repentinamente frío y desapacible. A la agradable mañana primaveral, había sucedido una tarde hosca, de nubes grises y plomizas, que amenazaban reventar en densas cataratas. De cuando en cuando, se veía algún relámpago. A lo lejos, se escuchaban los fragores del trueno.

Cad Lexis maldijo entre dientes del cambio tan inesperado de tiempo, mientras abría la puerta de la taberna, para que pasara su espectacular acompañante. Le había costado largas semanas conseguir que Emily Bridges se animase a salir con él un día entero y ahora que lo había logrado, el tiempo lo echaba todo a perder.

La taberna tenía un nombre extraño: La Sirena Alada. Lexis no había visto jamás una sirena alada, pero aunque se la hubiesen puesto delante, no la habría mirado siquiera.

Buscaron una mesa. La taberna estaba bastante concurrida en aquellos momentos. Un gordo tabernero se acercó a la pareja.

—¿Qué quieres tomar, Emily? —consultó Lexis.

Ella hizo un mohín.

—Psé..., cualquier cosilla... Un doble de ginebra, por favor.

«Cualquier cosilla —pensó Lexis, escandalizado. ¿Y aquella era la chica que se mostraba tan esquiva?—. Si yo me tomase un doble de ginebra, caería redondo debajo de la mesa», añadió mentalmente.

—Está bien —dijo—. Un doble de ginebra y una cerveza.

—Bien, señor —contestó el tabernero.

En el rincón opuesto, cuatro o cinco individuos se jugaban el gasto a los dados. Lexis sacó cigarrillos y ofreció uno a su hermosa acompañante.

—Estamos muy lejos de Londres, nena —dijo.

Emily le dirigió una mirada maliciosa.

—Cad, si lo que sugieres es que nos quedemos aquí a pasar la noche, estás muy equivocado —manifestó—. Yo soy una chica decente, ¿sabes?

—Por favor, cariño; yo lo decía por tu anciana y enferma madre, a la que no gustaría saber que su hija estaba en la carretera, en medio de un violento temporal —dijo Lexis, sarcástico—. Bastaría con que la telefoneases y...

—Quiero volver a Londres, Cad.

Lexis enseñó las palmas de las manos.

—Como tú mandes, reina —sonrió. «Nunca más, nunca más con esta idiota», se propuso firmemente.

En realidad, era un hombre discreto. De lo contrario, habría formulado una pregunta directa a Emily: «¿Cuánto, nena?». Y ella habría fijado una cifra y luego... Pero había cosas que le repugnaban, no por un exceso de puritanismo, sino por propia dignidad. «La llevaré a Londres y que se vaya a buscar un farol en una esquina», pensó.

El tabernero vino con las bebidas. Lexis pagó la consumición. Frente a él, Emily despachó su ginebra en dos tragos.

—¡Caray, eres rápida! —se asombró.

Emily sonreía.

—Tenía sed —se disculpó.

—Sí, ya veo...

Un tremendo ruido interrumpió a Lexis. Los cristales vibraron con el estampido del trueno.

La puerta se abrió y una racha de aire frío y húmedo penetró en el local. Un hombre, vestido con un impermeable y con un sombrero de ala caída sobre la frente, se hizo visible, tan súbitamente como si fuese una aparición fantasmal.

El hombre paseó su mirada por la concurrencia. Luego, lentamente, avanzó hacia el mostrador.

Lexis contempló unos instantes al recién llegado. Aquel rostro... Le parecía familiar, pero no acababa de recordar dónde podía haberlo visto antes.

—¿Señor...? —dijo el tabernero.

—Cerveza, por favor —pidió el recién llegado.

En la taberna se había hecho un silencio casi absoluto. Las primeras gotas de agua empezaron a repiquetear en los cristales de las ventanas.

Alguien lanzó un dardo y el impacto sonó secamente. Uno carraspeó.

De pronto, el desconocido exclamó:

—Me han dicho que *sir* John Eardman vive cerca de aquí.

—Es cierto, señor —contestó el tabernero—. *Sir* John reside en su posesión, a dos millas al Sudoeste de este pueblo. No tiene más que salir a la carretera, seguir una milla hacia el Este y en seguida verá el rótulo que indica el camino particular que conduce a

Fastenley Tower.

—Ah, la casa de *sir* John se llama así.

—En efecto, señor.

De pronto, uno de los clientes se acercó al desconocido.

—Perdón, caballero —dijo—. No..., no quisiera molestarle, pero su cara me parece vista en alguna parte...

—Es posible —contestó el forastero con glacial acento—. Sí, hace cosa de un año, mi rostro se hizo familiar a muchas personas. Aparecí bastante en las revistas y en la televisión. Me hice bastante célebre en aquella época.

—Ya decía yo... —sonrió el hombre—. ¡Oiga, no puede ser! Usted se le parece mucho, pero no es él... El tipo del que yo hablo fue ahorcado por asesinato... Ahora recuerdo bien; se llamaba Murray Hennings...

—En efecto, me ahorcaron por asesinato, pero fue una condena injusta, debido a que varios testigos declararon falsamente. Sin embargo, he salido de la tumba y he venido aquí, dispuesto a vengarme del primero de los testigos que me enviaron a la horca.

Aquellas palabras retumbaron en la taberna como si hubiesen brotado a través de un potentísimo altavoz. El curioso retrocedió un par de pasos, vivamente impresionado por aquella insólita respuesta.

—Eso... —Tragó saliva ruidosamente—. Eso es una broma...

—No es ninguna broma. Yo soy Murray Hennings y desde aquí proclamo que *sir* John Eardman no llegará a ver la luz del nuevo día.

Unas monedas cayeron sobre el mostrador. Acto seguido, y en medio de un aterrador silencio, el forastero dio media vuelta y se encaminó con paso calmoso hacia la puerta.

Abrió. Un vivísimo fogonazo deslumbró a los presentes.

Cuando el resplandor se hubo disipado, el hombre que decía haber salido de la tumba, después de su ejecución, había desaparecido.

Lexis apuró el resto de su cerveza de un solo trago. A su lado, Emily estaba a punto de desfallecer.

—Cad..., más ginebra —pidió con voz gemebunda—. Necesito otro trago o me caeré redonda.

—Vamos, vamos, nena —dijo Lexis—. Se trata solamente de una

broma pesada. Murray Hennings no puede haber salido de su tumba. Está muerto y bien muerto, créeme.

—¿Cómo lo sabes, Cad?

Lexis torció el gesto.

Era algo que no le gustaba mencionar. Había sido una dura experiencia. Por fortuna, en Inglaterra se había abolido ya la pena de muerte. Pero aunque castigo tan cruel volviese a implantarse, él no iría de nuevo a presenciar otra ejecución.

—Estuve presente cuando ahorcaron a Hennings y oí al forense declarar que había muerto —respondió al cabo.

CAPÍTULO II

Había vuelto a Londres, lo cual resultó una pequeña odisea, pero, al fin, consiguió dejar a Emily sana y salva. Ella le citó para el día siguiente. Lexis dijo que sí, pero fue de labios afuera. Mentalmente, se prometió no volver a verla jamás.

El lunes, como de costumbre, acudió a su despacho. Su secretaria ya le tenía preparada la correspondencia y la prensa matutina. El correo no traía nada de particular.

En cambio, los periódicos daban cuenta de un crimen sensacional. *Sir John Eardman* había aparecido muerto, en su cama, con una cuerda en torno al cuello.

Lexis se quedó helado.

—A ver si el fantasma de Hennings... —murmuró. De pronto, antes de que pudiera continuar leyendo, le llamó su secretaria a través del interfono:

—Señor Lexis, la señorita Blakeney desea hablar con usted. Es muy urgente.

—Está bien, Mavis; hágala pasar.

Lexis no conocía a la persona anunciada, pero el nombre le sonaba vagamente. Cuando vio que se abría la puerta, se puso en pie.

Una hermosa joven apareció en el umbral. Alta, esbelta, de líneas muy finas, pero, al mismo tiempo, netamente femeninas. El pelo era intensamente negro, partido en dos mitades por la raya central, que acababa en un redondo nudo sujeto por una invisible cinta del mismo color. Las ropas eran sencillas, pero muy elegantes.

—El señor Lexis, supongo —dijo la visitante.

—Caddington Murphy Lexis —puntualizó él—. Pero tome asiento, señorita...

—Mi nombre es Phyllis Blakeney. Resido en un pueblo situado no lejos de la capital, luego le daré la dirección completa, pero

añadiré que hace poco que estoy en mi nueva residencia. He viajado bastante y... a mi regreso me encontré con muy desagradables noticias.

—Lo siento —dijo Lexis—. Sin embargo, no veo en qué puedo servirle.

—Aguarde un poco —pidió ella—. ¿Ha oído hablar alguna vez de Gerard Blakeney?

—El nombre me suena —admitió Lexis—. Pero... ¡Sí, ahora caigo! Tuvo algo que ver con un atraco...

—Fue uno de los atracados. Mi padre era un alto empleado del Banco Stilwell, en Paddstock.

—No hubo víctimas, que yo recuerde.

—Hubo una: mi padre —dijo Phyllis con voz firme—. Los atracadores le arrojaron un líquido a los ojos, con ánimo de cegarlos momentáneamente. Al mismo tiempo, ese líquido debía aturdirle, y así sucedió, salvo que sus efectos resultaron permanentes en la vista de mi padre. Quedó ciego.

—Lo lamento infinito, señorita.

—Gracias. Yo le atendí una temporada, como era mi deber, pero hará algunos meses tuve que viajar inexorablemente por... ciertos asuntos que ahora no hacen al caso. Durante mi ausencia, ocurrió algo terrible. A pesar de que yo había empleado a una mujer para que ayudase a mi padre, éste se empeñó un día en salir sólo a la calle.

»La señora Brandall, que así se llama la asistenta, me ha dicho que la salida de mi padre se debió a una llamada telefónica, sin que ella pueda decirme el nombre de la persona que habló con él por teléfono. El caso es que, a doscientos pasos de la casa donde vivía, un automóvil lo atropelló, matándolo instantáneamente. El conductor se dio a la fuga y no ha podido ser hallado, pese a las pesquisas de la policía.

—Un suceso terrible, aunque, por desgracia, no infrecuente en esta época —cementó Lexis—. Sí, recuerdo el caso del atraco al Banco Stilwell y también sé que produjo un sustancioso botín...

—Cuatrocientas ochenta mil libras, en cifras redondas.

—No está nada mal, señorita. Pero cualquier hecho en relación con el atraco deberá ser puesto en conocimiento de las autoridades, me parece.

—Es que a mí el atraco no me interesa tanto como que encuentre al hombre que asesinó a mi padre.

Lexis saltó en su asiento.

—¡Ha dicho «asesinó»! —exclamó.

—Sí —confirmó Phyllis, sin pestañear—. Fue un asesinato. Por eso salió sólo aquel día de su casa.

—¿Acaso él sabía algo interesante acerca del robo?

—Verá, tuve ocasión de conversar largamente con mi padre, después de su ceguera. Entonces, él, una vez curado, relativamente, claro, tenía tiempo sobrado para pensar. Un día me dijo que creía que los ladrones habían actuado con demasiada precisión, como si alguien les hubiese pasado una buena información. El atraco resultó muy sencillo y, salvo la ceguera de mi padre, no hubo víctimas.

—Usted trata de darme a entender que su padre llegó a adivinar la personalidad del informador.

—Exactamente. Y ese informador es el mismo que lo asesinó, mediante un bien fingido accidente de automóvil.

—Bien. Pero, dígame, ¿quién es ese hombre, señorita Blakeney?

—Antes de responderle, quiero saber si se encargará usted del caso —manifestó la bella visitante.

Lexis respiró de nuevo.

—¿Yo? ¿Encargarme del caso? Pero ¿por qué, si ni siquiera soy detective particular ni jamás pertenecí a la policía?

—Usted fue periodista un tiempo...

—Sí, antes de dedicarme plenamente a la abogacía —respondió él—. Le confesaré una cosa, señorita. La profesión de periodista es muy atractiva, pero sólo para el que le gusta ir de aquí para allá y meter las narices en todas partes. Yo soy un poco más sedentario y un día llegué a la conclusión de que fisgar en las vidas ajenas no era para mí. Por eso me establecí... y me dediqué, sobre todo, a la especialidad de impuestos.

Phyllis sonrió imperceptiblemente.

—Por eso le he elegido a usted —declaró—. Es un hombre discreto, nada conocido en ciertos ambientes y tiene la experiencia del periodismo. Creo que logrará resolver este caso de manera satisfactoria.

—Es usted demasiado optimista, señorita —contestó Lexis—. Sobre todo pensando en que, por nada del mundo, pienso

mezclarme en un asunto criminal. Escuche, puedo darle la dirección de un buen amigo, inspector de policía, quien...

—No —cortó ella fríamente—. Usted o nadie.

Lexis meneó la cabeza.

—Siento tener que insistir en mi negativa, señorita —dijo.

—Voy a decirle algo, señor Lexis. Después, usted juzgará de una vez y me dará una respuesta definitiva. ¿De acuerdo?

—No quiero comprometerme a nada —respondió él, con una sonrisa de circunstancias.

Phyllis abrió el bolso y extrajo un recorte de periódico, en el que se había marcado la fecha con lápiz. Lexis tomó el papel y leyó el estremecedor relato de cuatro cadáveres, hallados en el fondo de una cantera abandonada, y muertos a balazos. Al producirse el macabro hallazgo, los cadáveres aparecían en estado de total descomposición. No obstante, la policía, tras pacientes pesquisas, había conseguido identificar a los muertos.

Los nombres de las víctimas aparecían en el recorte de periódico. La información añadía que eran los cuatro atracadores del Banco Stilwell. El quinto, Murray Hennings, había sido ejecutado algunas semanas antes, culpado de un asesinato que, extrañamente, no tenía ninguna relación con el atraco.

De repente, Lexis sintió un escalofrío.

Phyllis se extrañó de la cara que ponía su interlocutor.

—¿Qué le sucede? —preguntó, intrigada.

—Nada —murmuró él—. Simplemente, tuve que asistir a la ejecución de Hennings...

—Ahora están muertos los cinco hombres que intervinieron en el atraco —dijo la joven—. Pero el informador sigue vivo. Y se ha convertido en un asesino.

—¿Tiene pruebas de que fuese él?

—¿Acaso mató a mi padre por nada?

—Su padre llegó a identificarlo, de acuerdo. Pero, entonces, ¿por qué no lo dijo a la policía? ¿Tal vez quería hacer un chantaje al informador?

Phyllis desvió la vista a un lado.

—Se había quedado ciego y el Banco le concedió una indemnización ridícula, después de treinta años de trabajar con toda honestidad. No era justo que...

—No era justo lo que pretendía hacer —exclamó Lexis cortantemente.

—¡Se había quedado ciego!

—Señorita, yo no soy culpable en absoluto de lo que sucedió. Y le aconsejo que busque a la policía.

Phyllis se puso en pie.

—He perdido el tiempo —dijo, despechada.

Lexis se levantó también.

—No sé cómo decirle...

—Gracias, no se moleste. Me gustaría poder decir que ha sido un placer conocerle, pero me gusta ser franca. Me he llevado una enorme decepción. ¡Buenos días!

Phyllis se marchó taconeando vivamente. Lexis quedó solo en su despacho, sumamente pensativo.

La visita de la joven le había conturbado grandemente. Ella le había pedido algo que no podía hacer.

Aunque, por otra parte, ¿a qué negarse de forma tan rotunda?

Phyllis había olvidado el recorte de periódico con la noticia del hallazgo de los cuatro cadáveres. Al mismo tiempo, tenía al lado el diario que traía la información sobre el asesinato de *sir* John Eardman.

Se reclinó en el respaldo del sillón y entrecerró los ojos. ¿Por qué no había mencionado a su hermosa visitante el incidente sucedido en la taberna de Kellson-Myne, La Sirena Alada?

¿Quién era el enigmático individuo que se había hecho pasar por un hombre que ya había muerto y, además, ahorcado, en una de las últimas ejecuciones realizadas antes de la abolición de la pena capital?

De súbito, tomó una decisión.

—Mavis —llamó por el interfono—, póngase en contacto con la agencia Digest Press y pídales todo cuanto tengan concerniente a la condena y ejecución de Murray Hennings. Dígales que es muy urgente.

—Está bien, señor Lexis —contestó la secretaria.

Mavis le llamó cinco minutos después.

—He hablado con la D. P. Me han dicho que esta misma tarde tendrá lo que desea —informó.

—Gracias, Mavis.

Lexis volvió a sumergirse en el trabajo. A las cuatro, llegó un mensajero, portador de un grueso sobre. Lexis abonó la nota en el acto y metió el sobre en su cartera de mano.

A las cinco en punto dio por terminada su tarea. Mavis se fue también.

Una hora después, Lexis, sentado en el salón de su casa, vestido cómodamente, con un vaso mediado al alcance de la mano, empezó a leer las fotocopias de los recortes de periódicos enviadas por la agencia que se dedicaba a tales menesteres. Allí, en sus manos, tenía un relato completo del crimen cometido por Murray Hennings, así como las pesquisas de la policía, la información sobre el juicio, la condena y el final del caso con la ejecución del asesino, convicto y confeso de su crimen.

Él había asistido al siniestro final del caso, enviado por su periódico. Había sido su última actuación como periodista; al día siguiente se despidió y empezó a trabajar independientemente.

Se preguntó quién tendría interés en hacerse pasar por un hombre que había sido ahorcado. ¿Cómo podía vengarse Hennings, después de muerto, de las seis personas que habían testificado en su contra?

Sin embargo, uno de dichos testigos había muerto ya.

Sir John Eardman había aparecido en su lecho, con una cuerda en torno al cuello. La cuerda era algo más delgada que las usadas en las ejecuciones, pero, sin embargo, el nudo corredizo era idéntico.

¿Qué significado podía darse a aquel macabro detalle?

¿Había alguna relación entre la muerte de Eardman y el atraco al Banco Stilwell?

Durante largo rato estuvo sumido en sus meditaciones. A su derecha tenía una agenda, en la que había tomado algunas notas. Los nombres de los seis testigos de cargo figuraban en la hoja.

Cuatro hombres y dos mujeres. Uno de los hombres había muerto ya.

Quedaban cinco testigos vivos: Bessie Coulter, Richard Kirsoff, Egbert Mountle, Lettice Wann y Spence Brown.

Empezó a buscar direcciones en la guía telefónica. Poco después tenía cuatro domicilios anotados. Faltaba uno, el de Brown, aunque confiaba en que alguien le facilitaría el dato.

Por ejemplo, Lettice Wann, quien, casualmente, residía muy

cerca de su casa.

Incluso podía llegarse a pie, sin necesidad de usar el automóvil. El mal tiempo había durado poco y hacía una noche espléndida.

Consultó el reloj. Eran las ocho y media de la noche. Tal vez con un poco de suerte...

Levantó el teléfono. A los pocos segundos oyó una voz femenina:

—¿Quién es?

—Señorita Wann, me llamo Lexis y soy abogado. Desearía visitarla, esta misma noche, si no tiene usted inconveniente.

—¿Abogado? No tengo cuentas pendientes con la justicia...

—Por favor, señorita, nadie ha insinuado siquiera semejante posibilidad. Lo único que deseo es hablar con usted..., mejor dicho, comentar ciertos aspectos de un juicio al que asistió usted como testigo por la acusación.

Hubo un momento de silencio.

—¿Señorita? —dijo Lexis.

—¡No tengo nada que hablar con usted de ese maldito asunto!

—Fue la colérica respuesta de Lettice Wann.

CAPÍTULO III

La casa era como muchas de aquel barrio residencial: planta, primer piso y un pequeño jardincito alrededor. A pesar de la negativa de Lettice, Lexis llamaba a su puerta media hora más tarde.

Alguien escrutó a través de la mirilla de la puerta. Luego, una voz femenina, muy poco amable, se oyó a través del micrófono empotrado en uno de los lados de la entrada.

—¿Qué es lo que desea?

—He hablado con usted hace un rato, señorita —dijo Lexis, impertérrito—. Por favor, permítame entrar...

Se oyó ruido de cerrojos. Luego, la puerta se abrió.

Una rubia de cuerpo opulento, escasamente velado por una bata de encajes negros, se hizo visible. Lettice Wann debía de contar unos treinta y cinco años y su lucha contra el peso resultaba fácilmente perceptible. A pesar de todo, era una mujer de poderoso atractivo sensual.

—Pase —dijo de mal talante.

—Gracias, señorita.

Ella se acercó a una mesa y levantó la tapa de una caja. Sacó un cigarrillo, se lo puso en los labios y luego se inclinó otra vez para coger el encendedor.

Lexis le presentó el suyo. Lettice inhaló el humo un par de veces.

—Vamos, hable ya —dijo.

—Se trata del juicio seguido contra Murray Hennings —manifestó el visitante.

—Un perfecto asesino —calificó ella—. Está bien muerto. ¿Qué más?

—¿Era culpable?

—¿Qué dijo el jurado? ¿Cuál fue la sentencia del juez?

—La decisión del jurado y la sentencia se basaron en las

declaraciones de los testigos. Usted fue uno de ellos.

—Declaré lo que sabía, lo que vi..., y lo hice bajo juramento. Dije la verdad.

Lettice se sentía un tanto nerviosa, adivinó Lexis. ¿Por qué?

—¿Dijo la verdad? —repitió, preguntando.

—¡Sí, diablos!

—Usted declaró haber visto al asesino en compañía de la víctima, pocas horas antes de que ésta fuese hallada muerta.

—Es cierto —insistió la rubia.

—También declaró haber oído a Hennings que algún día se vengaría de su víctima.

—Sí, se lo escuché en más de una ocasión.

—¿Por qué quería vengarse Hennings de su víctima?

—¡Y yo qué sé! Estaban enemistados, eso es todo.

—Usted sabe algo más y no quiere decirlo...

La puerta de la casa se abrió de pronto. Lettice lanzó un grito de alegría:

—¡Alfie! Menos mal, llegas en un momento muy oportuno.

Lexis se volvió. Un individuo de rostro brutal avanzó hacia él, con los puños cerrados.

—Nena, ¿es éste el que te molestó por teléfono? —dijo el recién llegado.

—Sí —confirmó Lettice, sonriendo malévolamente—. Échalo, Alfie.

—Con mucho gusto, preciosa. Será cosa fácil.

La diferencia entre Lexis y Alfie era de diez centímetros y veinte kilos de peso a favor del segundo. Alfie disparó su puño derecho.

Lexis vio las estrellas y cayó de espaldas, aunque sin perder del todo el conocimiento.

—He golpeado despacito —dijo Alfie plácidamente—. No tengo ganas de cargar con una acusación de asesinato.

Lexis sacudió la cabeza. Dos poderosas manos le izaron en vilo y lo sacaron a la puerta de la casa. Luego, un pie se apoyó en sus posaderas. Al joven le pareció que era lanzado al espacio por una catapulta.

Alfie Starney y Lettice quedaron solos.

—Has llegado muy a punto —sonrió ella.

—¿Qué quería ese tipo? —preguntó Starney.

—Era sobre el asunto Hennings. Nada de particular —contestó Lettice displicentemente.

—Pero no te gustaron sus preguntas.

Lettice se volvió hacia el sujeto.

—Alfie, sé discreto conmigo y yo lo seré contigo —pidió secamente—. Yo no te pregunto por tus negocios, de modo que no me preguntes tú sobre cosas que no te importan. ¿Está claro?

Starney avanzó hacia la mujer y la estrechó entre sus brazos.

—El pasado no importa —dijo ardorosamente.

—Celebro que pienses así —rió ella, un segundo antes de dejarse aplastar los labios por los de su ansioso oponente.

Luego, Lettice preparó bebidas.

—Voy a retocarme un poco el pelo —dijo, sonriendo satisfecha.

—Estaré aquí, nena —manifestó Alfie.

Sentado en un sillón, saboreó el *whisky*, mientras fumaba un cigarrillo. De pronto, oyó unos nudillos en la puerta de entrada.

—Otra vez ese entrometido ahogado —masculló a la vez que se ponía en pie—. Se ve que no ha escarmentado...

Starney cruzó la sala y abrió la puerta. Un chorro de gas le dio instantáneamente en pleno rostro.

Tosió con violencia. Otro chorro de gas le hizo caer de rodillas, sintiendo unas espantosas náuseas. De pronto, perdió el conocimiento.

Lettice se hallaba sentada ante el tocador, cuando, de pronto, oyó pasos a su espalda.

—No seas impaciente, Alfie —dijo.

—No soy Alfie.

Ella miró a través del espejo. Inmediatamente, lanzó un chillido de espanto.

—¡Es imposible! Tú..., estás muerto...

—Sí, pero he salido de mi tumba para vengarme —dijo el visitante con helado acento.

Lettice se levantó de un salto. Cuando giraba, algo cayó sobre su cabeza y se apoyó en sus hombros. Luego, sintió un horrible dolor en el cuello.

Pataleó frenéticamente, pero sus fuerzas la abandonaron muy pronto. El asesino, sin embargo, mantuvo la presión del lazo, hasta que se hubo cerciorado de que la vida había huido de aquel cuerpo.

Starney despertó media hora más tarde. Aturdido, tambaleándose, fue al cuarto de baño y metió la cabeza bajo el grifo. Momentos después, se encontró un poco mejor.

Entonces notó un extraño silencio en el interior de la casa.

Lanzó un grito:

—¡Lettice!

Pero no obtuvo la menor respuesta. Intrigado, encaminó sus pasos al dormitorio. Entonces supo las causas del silencio de Lettice.

Starney tuvo que volverse corriendo al cuarto de baño. Inclinado sobre el sumidero, vomitó.

Phyllis oyó el sonido de la campanilla de llamada y cruzó la casa para abrir. Entonces vio al hombre que se hallaba apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y un diario bajo el sobaco izquierdo.

—Usted —exclamó.

Lexis forzó una sonrisa.

—Aquí me tiene —dijo.

Ella le miró curiosamente.

—¿De dónde era la puerta? —preguntó.

Lexis se tocó el ojo izquierdo, rodeado por un círculo de color morado.

—No era ninguna puerta, sino el puño de un amante celoso —contestó.

—Vaya, no le suponía tan... donjuán —rió ella.

—No iba de conquista, sino para saber algo...

—Y se metió en un avispero.

—Algo por el estilo.

Phyllis volvió a reír.

El visitante la halló encantadora. Phyllis estaba ataviada con una blusa de color negro, sin mangas, y pantalones del mismo color, muy ajustados a la mitad inferior de su esbelto cuerpo.

—Está usted guapísima —elogió.

—Ande, entre y veré qué puedo hacer por su ojo —dijo ella.

—No se moleste, ya se pasará. ¿Sabe?, he decidido aceptar su proposición.

Phyllis miró críticamente a su visitante, después de haber cerrado la puerta.

—¿A qué se debe su decisión? —inquirió.

Lexis desplegó el periódico que traía consigo.

—Mire —dijo—. Ésta es la segunda víctima de Murray Hennings.

—¡Pero Hennings murió ahorcado!

—Lo sé, y yo estuve presente en su ejecución.

—¿Entonces...?

—¿Por qué no prepara un poco de té? Hablaremos mejor después de una taza de la droga tradicional, ¿no le parece?

Phyllis volvió a reír de nuevo.

—Está bien, vendré en seguida —contestó.

Al quedarse solo, Lexis paseó la vista por la estancia. Era una sala amplia, agradablemente decorada. Indudablemente, Phyllis tenía buen gusto. Pero, al mismo tiempo, resultaba fácil advertir que el conjunto resultaba superior al que pudiera corresponder a la hija de un empleado de banca, por alto que fuera su rango y teniendo en cuenta que Blakeney, pese a su rango, no había sido un ejecutivo, con ingresos superiores a lo normal.

Phyllis había declarado estar de viaje una larga temporada. ¿Adónde había ido?

La joven volvió minutos más tarde, con una bandeja bien provista. Después de la primera taza de té, Lexis le entregó el periódico con la noticia del asesinato de Lettice Wann, ocurrido dos días antes.

—Yo estuve a visitarla sobre las nueve de la noche, de modo que dentro de poco hará cuarenta y ocho horas —dijo él, cuando Phyllis hubo terminado la lectura—. Según la policía, Lettice murió entre diez y media y once de la noche, extremo corroborado por el hombre que me puso el ojo a la funerala.

—Se llama Alfie Starney —dijo Phyllis, muy pensativa.

—Sí. Personalmente, opino que debía de ser, además de amante, «protector» de Lettice, por definirlo con una palabra suave. Pero Alfie es listo y no ha querido compromisos, por lo que decidió avisar él mismo a la policía. Está metido en un buen lío, de todas formas. Se le acusa de haber asesinado a Lettice, por celos.

—Y no lo ha hecho.

—Dice que el asesino es Murray Hennings, a quien vio un segundo antes de recibir en la cara el chorro de gas que le dejó sin sentido. Naturalmente, la policía no cree en esa fantástica historia.

—¿Y usted...?

—Hará cosa de una semana, estuve en Kellson-Myne. *Sir John Eardman* residía a dos millas de esa población. Yo había ido a la taberna a tomar una copa en compañía de..., bueno, eso no importa ahora. Un hombre entró y a mí me pareció conocido. Uno de los lugareños lo reconoció, aunque dijo que era imposible, puesto que estaba muerto. Pero aquel tipo declaró ser *Murray Hennings* y dijo que había escapado de la tumba para vengarse de los testigos que le habían enviado a la horca. Al día siguiente, *Eardman* apareció estrangulado..., lo mismo que *Lettice Wann*.

Phyllis arrugó la frente al oír aquellas palabras.

—Bien, todo esto parece interesante, aparte de fantástico..., pero no veo la relación que pueda tener con lo que le sucedió a mi padre —dijo.

—Por el contrario, yo creo que el atraco al Banco y la condena de *Hennings* tienen algo en común. De momento, no sé verlo con claridad, aunque espero poder averiguarlo con el tiempo.

—¿En qué se basa usted para afirmar tal cosa?

—Usted me dijo que conocía al hombre que informó a los atracadores.

—Es cierto —confirmó *Phyllis*.

—Bien, cuatro de los atracadores aparecieron asesinados a balazos, en el fondo de una cantera abandonada. Ello sucedió después de que *Hennings* fuese ejecutado, convicto de asesinato. Si *Hennings* era el jefe de la banda, parecería lógico pensar que se deshizo de sus compinches, para quedarse solo con el botín. Pero como ya estaba muerto, ¿quién realizó la matanza?

—¡Pero el dinero no ha aparecido todavía! —exclamó la joven.

—Ya lo sé, y eso es lo que hace el caso doblemente interesante. Porque, en mi opinión, el golpe fue ejecutado por cinco personas, de las cuales, cuatro, al menos, estaban de antemano condenadas a muerte.

—¿Lo cree así?

—De momento, sólo lo sospecho. Pero es muy posible que todo fuese planeado como he dicho. Naturalmente, la ceguera de su padre fue algo accidental; no entraba en los planes de los criminales. ¿Cómo podían sospechar ellos que padecía una especie de alergia que le hizo perder la visión?

Phyllis asintió.

—Eso es lógico —convino—. Sin embargo, lo asesinaron.

—Porque su padre se portó imprudentemente. Debe reconocerlo, señorita Blakeney. Su actitud es fácilmente explicable, aunque no justificable, no sé si usted querrá comprenderme.

—Le entiendo a la perfección —declaró ella—. También comprendo a mi padre cuando, después fié largos meses de reflexionar, sumido en las tinieblas de la ceguera, llegó a una conclusión.

—En eso estamos de acuerdo. ¿Y cuál fue esa conclusión?

Ella le miró fijamente.

—El informador fue Robert Hyams —dijo.

—¿Quién es Hyams?

—Hace dos años, era director del Banco. Ahora se ha retirado y vive en su granja, dedicado a la cría de caballos de raza.

—¿Sospecha que pudo quedarse con el botín?

—Valdría la pena averiguarlo, ¿no cree?

Lexis hizo un gesto de duda.

—Hay algo que me preocupa más todavía —manifestó.

—¿Sí?

—Los cuatro testigos que todavía siguen vivos. ¿Piensa Hennings consumir su venganza, matando a las seis personas que le enviaron a la horca?

—Pero ¿está vivo Hennings?

—Yo presencié su ejecución. Y escuché al forense declarar que había muerto.

—Entonces, hay alguien que se hace pasar por Hennings.

—Eso creo yo también.

—Oiga, se me ocurre una posibilidad —exclamó Phyllis de repente.

—Hable, por favor.

—¿Hennings tenía un hermano gemelo...?

—No —contradijo Lexis firmemente—. Yo también pensé lo mismo e hice averiguaciones en ese sentido. Hennings no tenía ningún hermano. Fue hijo único.

—Bien, en tal caso, dígame qué piensa usted al respecto.

—Es bien sencillo: alguien, quienquiera que sea, se hizo operar la cara, de modo que sus facciones resultasen un calco exacto de las

de Hennings.

CAPÍTULO IV

Phyllis dio dos vueltas por la estancia, profundamente pensativa. Luego se volvió hacia su visitante.

—Lo que acaba de decir podría ser cierto..., si no se tiene en cuenta una cosa —manifestó.

—Dígallo, por favor.

—Ese hombre ha de tener una complexión física análoga a la de Hennings.

—Por supuesto.

—Pero ¿a qué cambiarse la cara? ¿Por qué causa?

—Por casi medio millón de libras. ¿No le parece motivo suficiente?

—En teoría, sí, pero...

—Escuche, recuerde mi hipótesis. Alguien planeó el atraco al Banco y lo ejecutaron cinco hombres, que ya están muertos. Pero los que elaboraron ese plan, siguen con vida, al menos, cuatro de ellos.

—Cinco, porque se deja usted a Hyams.

—¿Cómo llegó su padre a sospechar de Hyams, señorita Blakeney?

—Él no me lo dijo nunca con claridad. Pero llevaban mucho tiempo juntos en la misma sucursal bancaria, de la que Hyams era director. Mi padre era su adjunto. Llegó a conocer bien a Hyams, créame.

—¿Le dijo alguna vez si Hyams había contraído deudas de juego?

—Le gustaban los caballos, es todo lo que sé.

—Pero ¿la cría o las apuestas en los hipódromos?

—Le sugiero una idea, señor Lexis.

—De acuerdo, pero llámeme Cad —pidió él.

—Sí —sonrió Phyllis—. Mi sugerencia es que vayamos a hacer

una visita a Hyams, en su propia granja.

—No —contradijo Lexis—. A mí me gustaría antes hablar con los cuatro testigos que enviaron a Hennings a la horca.

—¿Por qué?

—Porque, o mucho me equivoco o son cuatro condenados a muerte.

Sobrevino un ligero espacio de silencio.

Luego, Phyllis hizo un gesto de asentimiento.

—Conforme —dijo—. ¿Cuándo?

Lexis consultó su reloj.

—Es tarde —manifestó—. ¿Dónde nos reunimos mañana a primera hora?

—¿Por qué no se queda en mi casa?

El visitante respingó.

—Señorita...

—Llámeme Phyllis y piense que es un ofrecimiento sincero. Estoy sola, es cierto, pero también sé que usted es un caballero —sonrió la joven.

—Por supuesto.

—Gracias. Y ahora, por favor, antes de seguir adelante...

Phyllis se acercó a una consola, abrió el cajón superior y extrajo de su interior un rectángulo de papel que entregó al que ya era su huésped.

—Tome —dijo—. A cuenta de sus honorarios.

Lexis leyó la cifra escrita en el cheque.

—Pero..., ¡es demasiado! —exclamó.

—Todo lo contrario. Usted se va a dedicar, a partir de ahora, y de un modo exclusivo, a la solución de este caso. Por tanto, es lógico que le compense de algún modo —dijo ella.

—¿Y si fracasara?

Phyllis se encogió de hombros.

—Correré el riesgo. Sin embargo, creo que he elegido al hombre adecuado —aseguró.

Lexis fijó la vista en la hermosa mujer que tenía frente a sí. Ella se turbó ligeramente.

—No me mire de ese modo —dijo Phyllis con aspereza—. No soy una mujer autoritaria ni tampoco una especie de vampiresa, devoradora de hombres. Simplemente, me gusta expresar mis

pensamientos con toda franqueza.

—¿Aunque ello la perjudique?

—A veces, perjudica más la hipocresía, Cad.

Lexis dobló el cheque y lo guardó en su billetera. A continuación extrajo la agenda y dijo:

—La primera persona a la que hemos de visitar se llama Bessie Coulter. Tiene treinta y un años y reside en Broxton Square, 30. Es viuda, aunque más sospecho que lo dice como subterfugio que como realidad de su estado civil y, en apariencia, no trabaja. Pero obtiene ingresos muy saneados.

—¿De dónde? —preguntó Phyllis.

El joven sonrió.

—Imagínesele —repuso a la vez que volvía a guardar la agenda.

Durante la cena, que Phyllis preparó con gran arte, Lexis intentó sonsacarla acerca de algo que le interesaba sobremanera. Ella, sin embargo, se mostró evasiva y no quiso decir qué había hecho ni adonde había viajado durante el tiempo que dejó a su padre al cuidado de la señora Brandall.

Lexis se preguntó si ella tenía algo que ocultar. Pero como por el momento el dato no parecía tener relación con el caso, dejó la averiguación de otros detalles sobre el particular para más adelante. Phyllis hablaría un día u otro, fue la conclusión a que llegó finalmente.

Madrugaron bastante por la mañana. Cuando se disponían a salir para Londres, poco antes de las nueve, un hombre llamó a la puerta de la casa.

Phyllis abrió en el acto.

—¡Señor Dickinson...! —exclamó vivamente sorprendida.

Lexis estaba a pocos pasos detrás de la muchacha y pudo ver claramente al recién llegado. Tratábase de un hombre de mediana edad, todavía alto y de buen aspecto, cuya miopía era corregida por unos lentes de montura un tanto anticuada.

—Hola, Phyllis —saludó el individuo—. Pasaba por aquí y se me ocurrió visitarte... ¿Puedo saber cómo te encuentras?

—Oh, perfectamente, señor Dickinson. Perdona, no me había dado cuenta... Le presento al señor Lexis, mi abogado. Cad, el señor Dickinson, cajero del Banco donde trabajaba mi padre.

Los dos hombres se saludaron cortésmente. Luego, Dickinson se

encaró de nuevo con la muchacha.

—Me enteré de lo que le había ocurrido a tu pobre padre, pero por aquellas fechas yo me hallaba de vacaciones fuera del país y no pude asistir siquiera a su entierro. Créeme, lo siento tantísimo...

—Ya se me va pasando, no se preocupe, señor Dickinson —contestó Phyllis—. Le invitaría a una taza de té, pero es que el señor Lexis y yo debemos marchar a Londres ahora mismo.

—No podría aceptar —sonrió el visitante—. Si me entretengo un poco más, llegaré tarde al Banco.

—Sí, claro...

—Perdonen un momento —terció Lexis—. He oído decir que el señor Dickinson trabajaba en el mismo Banco que el difunto padre de Phyllis.

—Así es —contestó el aludido—. Estuvimos juntos durante más de quince años y, a pesar de la diferencia de edad, nos hicimos muy amigos. Sentí enormemente la desgracia ocurrida a consecuencia del atraco...

—Ya, ya me lo imagino. Señor Dickinson, por favor, contésteme a una pregunta. Si no tiene inconveniente, claro.

—Ninguno, señor Lexis.

—Usted dice que trabajaba en el Banco... Tengo entendido que el director Hyams dimitió hace algún tiempo.

—Es cierto. Se sospechaba de él a causa de ciertas irregularidades que, finalmente, no pudieron ser demostradas. Pero por la misma razón, Hyams no quiso que el consejo de administración del Banco tuviera dificultades con los accionistas y dimitió voluntariamente.

—Para dedicarse a la cría de caballos.

—Al menos, eso es lo que él dijo —sonrió Dickinson.

—¿Sabe si era aficionado a apostar en los hipódromos?

Dickinson volvió a sonreír, aunque ahora lo hizo de una forma sibilina.

—De lo que sí estoy seguro es que yo no soy aficionado a las apuestas de ninguna clase —respondió.

—¿Estaba usted presente el día en que les atracadores se llevaron cuatrocientas ochenta mil libras?

—Por supuesto. Yo mismo tuve que entregarles el dinero, con una pistola en los riñones. Otro atracador encañonaba a Hyams y

dos más se cuidaban del resto del personal y del único cliente que había en aquellos momentos. El quinto forajido vigilaba la puerta, desde el coche, en que se fugaron, apenas conseguidos sus propósitos.

—Eso es todo. Muchas gracias, señor Dickinson.

—No hay de qué. Bien, Phyllis, me alegro de haberte saludado. Si me necesitas alguna vez, cuenta con mi ayuda incondicional.

—Se lo agradezco infinito —sonrió la muchacha.

Dickinson se marchó apresuradamente. Phyllis y el abogado quedaron a solas.

—Bien, ¿vamos? —dijo ella, después de un leve titubeo.

—Sí, claro.

Momentos después, ya en el coche, Phyllis hizo una pregunta:

—Cad, ¿por qué quiso saber si Hyams era aficionado a las apuestas en los hipódromos?

—Hay algo que me está torturando la mente, desde el primer momento en que usted vino a verme. Tengo la impresión de que el robo fue planeado por otras personas, incluso creo haberle dicho algo al respecto. Es más, sospecho que Hyams fue el que ideó el plan, secundado por una serie de amigos, por llamarlos de algún modo, y que contrataron a Hennings, si es que éste no entraba también en el plan. Pero había que hacerlo bien, de modo que no se levantasen sospechas, por lo que se ideó la farsa del atraco.

—¿Y...?

—Cuatro supuestos atracadores murieron. ¿Por qué, Phyllis?

—Simplemente, alguien no quiso repartir el botín con ellos.

—Eso es lo que yo pienso. Pero Hennings estorbaba también y por ello le tendieron la trampa que le condujo a una sentencia de muerte.

—Demasiado complicado, ¿no cree?

—Había que hacerlo así o el plan no habría tenido éxito. Recuerde: el dinero robado no ha aparecido.

Phyllis guardó silencio durante unos instantes.

—Muy bien, pero, en tal caso, ¿quién lo tiene? —preguntó al cabo.

—¿No le parece que la señora Coulter podría decirnos algo sobre el particular?

—Suponiendo que quiera...

—Aunque se niegue, algo sacaremos de sus respuestas y de su misma actitud —aseguró Lexis con cierto énfasis.

Llegaron a Londres poco antes de mediodía. Lexis propuso almorzar antes de visitar a Bessie Coulter.

—No parece tener usted mucha prisa por visitar a esa dama —dijo Phyllis.

—Las cosas se hacen mejor con el estómago lleno —replicó él apaciblemente.

Alrededor de la una, llamaban a la puerta de la casa donde vivía uno de los testigos de cargo contra Murray Hennings. Pasados unos momentos, se abrió la puerta.

—¿Sí? —dijo la mujer que había al otro lado del umbral.

Bessie Coulter era guapa, pero basta. «Debe de usar un lenguaje atroz cuando se irrita», pensó Lexis, mientras evitaba mirar la flamante cabellera de la mujer, de un rojo que parecía sangre.

—Me llamo Lexis y soy abogado —se presentó—. Ella es la señorita Blakeney, mi cliente.

—Oiga, no irán a presentar una demanda contra mí... —exclamó Bessie—. Tengo la conciencia muy tranquila...

—Nadie lo duda, señora —sonrió Lexis—. Sólo se trata de hacerle unas preguntas sin importancia. Por favor —rogó.

—Está bien, entren, pero sean breves. Tengo prisa.

Lexis y la joven cruzaron el umbral. Bessie les indicó un diván.

—Pueden empezar —dijo.

—Se trata de un juicio en el que usted declaró como testigo de cargo.

Bessie oyó las palabras del joven y se puso pálida.

—De modo que era eso lo que querían preguntarme —exclamó.

—Sí, señora. Sólo queremos saber...

—¡Salgan de mi casa inmediatamente!

—Pero, señora...

Phyllis se puso en pie.

—Déjela, Cad. Se ve claro, tiene la conciencia más negra que el cañón de una chimenea al final del invierno —dijo mordazmente.

—¡Mi conciencia está muy limpia! —chilló la pelirroja.

—Si es así, ¿por qué se irrita tanto? —preguntó Lexis.

—Ya dije todo ante el tribunal y no tengo necesidad de repetirlo nuevamente. Hennings era culpable...

—¿Le vio cometer el crimen del que se le acusó?

—¡Sí!

—Está mintiendo, señora.

—¡Fuera, fuera de mi casa! —gritó Bessie descompuestamente—. Váyanse ahora mismo o llamaré a la policía. Lo que dije en el juicio es la pura verdad, ¿me oyen?

—Con ese potente chorro de voz, nadie dejaría de oírla —sonrió Lexis—. Pero, dígame, ¿acaso tiene miedo de la venganza de Hennings?

Bessie se tambaleó levemente. Lexis dio un paso hacia adelante, con ánimo de sostenerla, pero ella lo rechazó con gran violencia.

—Váyanse —insistió—. Lárguense de una vez, no quiero seguir viéndoles un minuto más en mi casa.

Lexis empujó por un brazo a la muchacha. Desde la puerta, se volvió y dijo:

—Señora, si llegase a probarse que Hennings había sido ejecutado a causa de unos testimonios falsos, usted lo pasaría muy mal. El perjurio, y más en un caso del que se derivó una condena de muerte, está severísimamente castigado.

Bessie ya no contestó. Lexis y Phyllis abandonaron la casa.

—¿Qué opina usted, Cad? —preguntó la joven, cuando en traban en el ascensor.

—Culpable —sentenció él sin vacilar.

—Tiene un miedo espantoso.

—Salta a la vista. Pero si se niega a hablar, ¿qué podemos hacer nosotros?

Phyllis lanzó un hondo suspiro.

—Nada —admitió resignadamente. Después de una corta pausa, añadió—: Cad, ¿cuál es el siguiente testigo?

Estaban de nuevo en el coche, aunque Lexis no lo había puesto todavía en marcha. La agenda del joven salió a relucir una vez más.

—Se llama Egbert Mountle y vive en Tooley Street, 243 —dijo Lexis tras haber consultado sus notas.

—Muy bien, pues, vamos a Tooley Street —exclamó Phyllis.

CAPÍTULO V

—Yo no tengo miedo al fantasma de Hennings —declaró Mountle altivamente—. Me río de los muertos. Los que hacen daño son los vivos y no los muertos.

—Pero Hennings ha asesinado ya a dos de los testigos que declararon contra él —alegó Lexis.

Mountle se encogió de hombros. Era un sujeto bajito, con una ridícula barriga que le hacía parecer una pelota sostenida por dos piernas. En su cabeza ya no quedaba un solo cabello y sus manos eran de dedos cortos y gordezuelos, observó Lexis, mientras Mountle se servía una generosa dosis de *whisky*.

—Eso no tiene nada que ver conmigo. Yo declaré la verdad —contestó el gordito, después de un largo trago.

—Bien, pero ¿qué declaró usted?

—Hennings me enseñó una pistola y me dijo: «Antes de una semana, él habrá muerto». Yo traté de disuadirle de su empeño, pero él no quiso hacerme caso. Si cometió el crimen o no, es cosa que no puedo asegurar; pero tuve que declarar eso que he dicho cuando me citaron ante el tribunal.

—¿Está seguro de que fue eso lo que declaró? —preguntó Lexis.

—Absolutamente —respondió Mountle con gran énfasis.

—Usted ha dicho: «Antes de una semana, él habrá muerto». Pero no ha pronunciado ningún nombre.

Mountle se quedó cortado.

—¿No... he pronunciado ningún nombre?

—No, señor.

—Pero Hennings sí lo dijo...

—¿Seguro?

—Oiga, recuerdo perfectamente aquella conversación...

—Señor Mountle, es probable que Hennings cometiera aquel crimen. Sin embargo, usted ha repetido exactamente, ahora, lo que

él le dijo, sin que en aquella ocasión pronunciase nombre alguno. No obstante, cuando le llegó la hora de declarar ante el tribunal, usted sí pronunció el nombre de la víctima.

—Pero eso se da por sabido...

—Tal vez Hennings no tuvo un buen defensor.

—¿Hennings se refería a la víctima!

—Eso es lo que usted supone. ¿Y si se refería a otra persona?

—Está bien, yo declararé lo que me pareció correcto. ¿Es que nadie se equivoca alguna vez en su vida?

—Sí, todos..., pero hay equivocaciones que mandan a una persona a la horca..., muy convenientemente, señor Mountle.

—De todos modos, él cometió el crimen, ¿no? Lo juzgaron, le hallaron culpable, fue sentenciado y lo ejecutaron. Eso es todo, señor Lexis.

—Sí, salvo que falta un detalle.

—¿Cuál, por favor?

—¿Dónde están las cuatrocientas ochenta mil libras?

Mountle palideció.

—No... no entiendo...

Lexis se volvió hacia la joven, silenciosa durante todo el rato.

—Creo que debiéramos irnos —propuso.

—Sí —convino Phyllis.

—¡Esperen! —gritó Mountle—. Quiero hablar con ustedes acerca de ese atraco...

—Yo no he pronunciado la palabra atraco —dijo Lexis suavemente.

—¡Maldita sea! Usted sabe de sobras lo que quiero decir. Sí, me lo propusieron, pero no quise tomar parte. Hay cierta clase de juegos en los que nunca me ha gustado entrar, ¿comprenden?

—¿Quién se lo propuso? —inquirió Phyllis.

—Hennings, naturalmente.

—¿Hennings? —dudó Lexis.

—Sí, diablos. Fue él mismo...

—Pero ¿por qué proponerle un plan semejante, si usted no tenía que tomar parte en la acción?

—Hennings quería que mi casa sirviera como escondite, si las cosas les iban mal, eso es todo.

—Y usted se negó.

—Claro. Pensaba pagarme bien, dijo que un cinco por ciento del botín, lo que significaba veinticuatro mil libras, pero no tenía ganas de complicarme la existencia y le dije que, si bien cerraría el pico, no contase conmigo. Eso es todo, lo juro.

Mountle sacó un aparatoso pañuelo y se enjugó el abundante sudor que convertía su cabeza en una brillante bola amarilla.

—Cuando me citaron a declarar en el juicio, es cierto que pronuncié el nombre de la víctima, aunque Hennings no me lo había dicho —añadió—. No me di cuenta entonces..., o acaso pensé que todo el mundo lo daría por supuesto.

—Y tal vez lo dijo también porque el cinco por ciento le pareció poco y exigió un diez, cosa a la que Hennings no estaba dispuesto a acceder. Bien, pero eso ya no importa ahora demasiado. Señor Mountle, usted es corredor de apuestas hípicas. ¿Cuánto le debía un tal Robert Hyams?

—Nada, nunca he oído hablar de ese hombre.

—Otro más que miente —suspiró Lexis, dirigiéndose a la muchacha—. Bien, ya lo averiguaremos por otro lado. Vámonos, Phyllis.

—¿Adonde? —preguntó ella, una vez fuera del edificio.

—Conozco a un corredor de apuestas honrado, que no está sujeto a ninguna banda ni sociedad secreta. Es un caso raro, pero su misma reputación de hombre serio y formal le hace inatacable.

—Cad, no me diga usted que también le gusta apostar —exclamó Phyllis, muy sorprendida.

—Lo he hecho algunas veces y no es ninguna deshonra. Lo deshonroso es dejarse arrastrar por el vicio —contestó él sentenciosamente.

El corredor de apuestas se llamaba Ed Barneth y era un hombre que más parecía agente de Bolsa. Lexis y su hermosa acompañante lo encontraron en un *pub*, tomando plácidamente una jarra de cerveza, en compañía de un par de amigos. Lexis se acercó a Barneth y consiguió llevárselo a otra mesa.

—Usted dirá, abogado —invitó el corredor de apuestas momentos más tarde.

—Se trata de un tal Hyams. ¿Le suena el nombre?
Barneth elevó críticamente un ojo al techo.

—Sí, me suena —dijo al cabo.

—¿Y bien?

—Trató conmigo en media docena de ocasiones. Perdió siempre, a pesar de mis consejos. Tenía criterio propio, ¿comprende, Cad?

—Sí. Continúe, por favor.

—Las tres primeras veces fue puntual en los pagos. En las tres ocasiones restantes se retrasó considerablemente, muy en especial en la última, en que tardó casi dos meses en liquidarme. Entonces quiso hacer más apuestas conmigo, pero le dije que no me interesaba como cliente. Y ahí acabó la cosa.

—¿Sabe usted en qué trabajaba Hyams?

—Lo supe mucho después, por los periódicos, cuando trajeren la noticia del atraco al Banco del que era director. Naturalmente, yo no dije nada; en mi profesión es preciso ser discreto. Pero si eso se hubiera sabido, le habría costado un serio disgusto.

—Es comprensible —dijo Lexis.

—Un Banco no resultaría muy favorecido si se supiera que el director de una de sus sucursales es aficionado a las apuestas de caballos. Pero, por otra parte, repito, Hyams no me dijo nunca nada acerca de su profesión.

—Bien, Ed, no sabe cuánto se lo agradezco. Aunque ahora, si no resulta indiscreto, y teniendo en cuenta que Hyams dimitió de su puesto hace tiempo, me gustaría saber cuánto perdió en total, en las seis ocasiones en que trató con usted.

—Oh, no hay inconveniente —respondió Barneth—. Pasaban de las cuarenta y cinco mil libras. La última apuesta era de casi diez mil y..., créanme, sudé lo mío para recuperar ese dinero. Claro que si yo hubiera sido de otra clase, lo habría recobrado mucho antes, usted ya me entiende; pero no me gusta recurrir a ciertos procedimientos. Prefiero perder el importe de una apuesta antes que la buena fama.

Lexis sonrió.

—Muchas gracias, Ed; estoy completamente de acuerdo con usted —dijo. Se volvió hacia la muchacha—: Phyllis, ya que tenemos delante a un experto, ¿no se siente capaz de arriesgar diez libras?

Phyllis sonrió también.

—Claro, hombre. ¿Qué nos aconseja usted, señor Barneth?

—«Black Love» —respondió el corredor sin titubear—. No tiene

apenas chance, según los entendidos..., pero las apuestas se pagarán, al menos, ocho a uno y ganará por dos cuerpos.

Muy serio, Lexis sacó su libreta de cheques y extendió uno por veinte libras.

—Envíeme las ganancias por correo, Ed —se despidió.

Al salir a la calle, Phyllis abrió su bolso.

—Voy a pagarle las diez libras...

—Aguarde a que ganemos —rió el joven.

—Muy seguro está de ello.

—Barneth sabe lo que se dice. Y por no seguir sus consejos, Hyams perdió cuarenta y cinco mil libras.

—¿Seguiría apostando después?

—No lo sé, aunque yo sí apuesto algo a que esas pérdidas tuvieron bastante que ver con el atraco al Banco.

Phyllis se quedó muy pensativa.

—Y a resultas de todo ello, murió mi padre...

—Además de otras personas, sin contar con las que todavía pueden morir.

—¿Quiénes, Cad?

—Los testigos que declararon contra Hennings.

Bessie Coulter terminó de arreglarse y se contempló satisfecha ante el espejo.

Tenía una figura muy atractiva, de la clase que hacía volver la cabeza a los hombres. Ella solía decir que los hacía andar de cabeza, lo cual, en parte, era cierto.

Aquella noche, por ejemplo, había concertado una cita con un individuo al que le interesaba sobre todo la discreción. Bessie iba a intentar que el hombre se interesase por ella de una manera permanente. No más citas irregulares. Quería una cosa estable. Si se esmeraba un poco, podría conseguirlo.

De pronto, notó un soplo de aire en la nuca. Miró al espejo y vio detrás de ella la elevada silueta de un hombre.

Bessie empezó a chillar, pero el lazo mortal cortó su voz antes de que alcanzara tonos demasiado altos. Después, vinieron los forcejeos y los pataleos.

Cuando le faltó el aire, cayó al suelo. El asesino siguió manteniendo la presión del lazo en el blanco cuello de la pelirroja, hasta que todo signo de vida huyó de su cuerpo.

El lazo quedó en torno a la garganta de Bessie Coulter. Aunque era de seda y bastante grueso, no podía compararse siquiera con la sogá empleada en las ejecuciones. Pero el nudo tenía la misma forma.

Aquella noche, alguien esperó en vano a Bessie. La pelirroja había asistido, sin desearlo, a su última cita.

CAPÍTULO VI

El teléfono sonó bruscamente, arrancando a Lexis del profundo sueño en que se hallaba sumido. Sacó el brazo y agarró el aparato.

—Estoy durmiendo —dijo.

Y ya se disponía a colgar el teléfono nuevamente, cuando oyó un agudo chillido:

—¡Despierte, Cad! ¡Han asesinado a Bessie!

Lexis se sentó de golpe en la cama.

—¿Phyllis?

—¿Quién, si no? —contestó ella casi con acritud—. Oiga, ¿qué hace tan tarde...?

—Usted se piensa que su caso es único. Anoche me encontré en casa con un hermoso paquete de documentos que me dejó mi secretaria. Me acosté pasadas las cuatro de la madrugada. También otras personas necesitan mis servicios, aunque usted no lo crea.

—Oh, lo siento, Cad. Pero cuando vi que eran más de las diez de la mañana y que usted no me llamaba, como habíamos convenido...

Lexis metió los cinco dedos entre su revuelta pelambrera y se rascó con fuerza.

—No se preocupe —dijo—. ¿Qué hay de la noticia?

—Fue la asistenta quien encontró el cadáver y avisó a la policía. Los periódicos, naturalmente, no han tenido todavía tiempo de dar la noticia. Yo la he oído casualmente en un boletín informativo, porque tenía la radio abierta mientras me bañaba.

—Y habrá salido del baño disparada.

—Claro, hombre.

—Lástima no haber estado allí —rió Lexis.

—No sea grosero, Cad —se enfadó ella.

—Era sólo una broma, mujer. Tiene usted muy poco sentido del humor.

—Con todo lo que está pasando, ¿qué humor puedo tener?

Bessie fue estrangulada de la misma forma que los otros dos. El locutor de la radio ha dicho que esto podría llamarse «La venganza del ahorcado».

—Un título altamente dramático, si no fuese porque alguien está queriendo engañarnos, con la fantástica historia de la «resurrección» de alguien a quien yo vi morir.

—¿Seguro, Cad?

—¿Qué es lo que quiere decir? ¿Que si volví la cabeza cuando Hennings iba a caer por el escotillón del patíbulo? Pues sí, lo hice, como más de uno de los testigos de la ejecución, pero luego no pude evitar echar una mirada al cuerpo que pendía de la soga. Y escuché perfectamente al forense declarar que el reo estaba muerto.

—No sé... Cad, a veces yo pienso que...

—Vamos, vamos, deje sus ideas disparatadas a un lado. Hennings está muerto y bien muerto y alguien se hace pasar por él, para consumir..., no diré que una venganza, sino más bien para quedarse solo con casi medio millón de libras.

—Pero ¿quién puede ser? —dijo ella, muy pensativa.

—Uno de los datos que podemos considerar como seguros es que posee la misma estatura y corpulencia que Hennings. Todo lo demás no son sino especulaciones, Phyllis.

—Sí, estoy de acuerdo.

—Por cierto, usted conocía a Hyams.

—Sí, aunque no demasiado. Le vi solamente algunas veces... ¡Oiga, ése podría ser nuestro hombre! —exclamó Phyllis.

—Yo más bien diría «es» nuestro hombre —rió él—. Muchacha, reúname conmigo dentro de una hora en mi oficina. Despacharé algunos asuntos urgentes y luego iremos a hacer una visita a Hyams. ¿Le parece bien?

—Estupendo, Cad.

Lexis dejó el teléfono en su sitio. Luego saltó de la cama y se encaminó hacia el baño.

Por un momento, pensó en la posibilidad de que Hennings no hubiese muerto.

«Una ejecución fingida... ¡Bah, absurdo!», resumió así sus pensamientos, mientras abría el grifo de la ducha. Gritó, porque se había equivocado y el agua que caía estaba helada.

Cuando llegó a su oficina, Mavis, la secretaria, le hizo un guiño

malicioso.

—Entre, le espera un bombón, jefe —sonrió.

—Está casada y es una virtuosa madre de familia con siete hijos —mintió Lexis.

—¡Ca... ramba! Pues nadie lo diría —se asombró la secretaria—. Tan joven y ya...

—Dos partos gemelos y uno de trillizos —dijo el joven, mientras abría la puerta de su despacho particular.

Phyllis se levantó al verle.

—Ha sido puntual —elogió.

—Gracias. Si no le importa, ahí tiene unas revistas. Entreténgase mientras yo reviso algunos documentos y dejo el trabajo listo para un par de días.

—De acuerdo.

Lexis tocó la palanquita del interruptor.

—Mavis, cuando pueda, tráiganos té, por favor —pidió.

—Bien, señor.

Lexis se enfrascó en el trabajo. La secretaria entró minutos más tarde. Phyllis se levantó para tomarle la bandeja.

—Deje, yo serviré —sonrió.

Mavis la miró críticamente de pies a cabeza.

—¡Siete hijos y todavía tiene esa figura! Su esposo es un hombre afortunado, señora —comentó.

Phyllis se quedó con la boca abierta.

—Cad, ¿qué ha dicho esa chica? —preguntó.

—Nada, tenía ganas de broma —contestó el joven sin levantar la vista de sus papeles.

—Eso es algo que no debiera hacer una secretaria, me parece.

—Mavis lleva tiempo conmigo y tiene confianza.

—Pero ha dicho que tengo siete hijos. Eso no es cierto.

—Phyllis, por favor, déjeme trabajar —rezongó Lexis.

Ella se encogió de hombros y empezó a servir el té. De pronto, sonó el zumbador del interfono.

—Mavis, no estoy para nadie —dijo Lexis.

—Lo siento. Aquí hay un hombre que quiere verle. Dice que es muy urgente...

—Si está en un aprieto con los del fisco, que vaya a la firma Patterson; también se ocupan de impuestos y son mejores que yo.

—Perdón, jefe. Su visitante dice que era muy amigo de un tal Hennings.

Lexis se puso rígido un instante. Luego dijo:

—Está bien, hágalo pasar, Mavis.

La puerta del despacho se abrió momentos más tarde. Un individuo alto, pesado, de ojos huidizos, penetró en la estancia.

—¿Abogado Lexis? —dijo.

—Sí, soy yo, señor...

—Hackill, Hay Hackill. Perdón, quería hablar a solas con usted...

Lexis tendió su mano hacia la muchacha.

—Si ha venido a decir algo sobre Hennings, hable con entera confianza delante de la señorita Blakeney. Ella también está interesada en el caso —manifestó.

—Así es —confirmó Phyllis—. Mi padre era el adjunto del director del Banco atracado por Hennings y sus compinches.

Hackill pareció sentirse más aliviado al oír aquellas palabras.

—En tal caso...

—Siéntese, amigo —sonrió Lexis—. Phyllis, ¿queda algo de té?

—Preferiría un buen trago —dijo Hackill.

—Allí hay una botella —indicó el joven.

Phyllis puso *whisky* en un vaso y se lo entregó al visitante, quien ya se había sentado frente a la mesa de despacho. Hackill bebió y luego se limpió los labios con el dorso de la mano.

—Está bien —habló al cabo—. Debo decirlo de una vez. Hennings sigue vivo. Su ejecución fue una farsa.

Al oír aquellas palabras, Lexis no pudo por menos de lanzar una mirada a la joven. Phyllis hizo un geste afirmativo. Sí, ella lo había sentido.

—Pero ¿cómo puede usted afirmar semejante cosa? —preguntó Lexis, después de una corta pausa de asombrado silencio.

—Verá..., poco antes de la ejecución, bueno, un par de semanas o cosa así, me secuestraron unos tipos... Estuvieron siempre enmascarados, pero les reconocí por la voz, aunque me abstuve de manifestarlo, porque si lo hubiera demostrado, me habrían liquidado —explicó el visitante—. Aun así, pasé un miedo espantoso...

—¿Y ya no tiene miedo?

—No, porque murieron hace tiempo. Los acribillaron a balazos. Eran Martin Oaks y Link Peary, dos de los atracadores del Banco Stilwell.

—Siga, siga, señor Hackill —invitó Lexis—. Esto se está poniendo verdaderamente interesante.

—Bueno, en los primeros momentos, yo no me imaginaba lo que podía suceder... Ciertamente que Oaks tenía una cuentecita pendiente conmigo, pero no era, digo yo, para hacer lo que hicieron conmigo... Se portaron como salvajes...

—Pero ¿qué le hicieron? —exclamó Phyllis, impaciente ante las dilaciones del sujeto.

—Me ahorcaron cuatro veces, señorita.

Lexis saltó en el asiento.

—¡Oiga! ¿Está bromeando?

Hackill meneó la cabeza.

—No, nada de bromas, ahogado. Le digo que me ahorcaron cuatro veces. Incluso tenían preparado un patíbulo idéntico al que existe en la prisión de Handstrowe. Luego, andando el tiempo, he comprendido que lo que hicieron conmigo no fueron sino ensayos para cuando llegase el momento de la ejecución auténtica de Hennings. ¿Pueden darme otro traguito? —solicitó ávidamente.

—Sí. Phyllis, por favor —indicó el joven.

Ella puso más *whisky* en el vaso de Hackill. Al cabo de unos momentos, el visitante continuó:

—Bueno, el truco consistía en una especie de arnés, sujeto en parte a la soga y en parte a mi cinturón. Desde luego, la cuerda apretaba después de la caída, pero no lo suficiente para causar la muerte. Y cuando se convencieron de que el artificio funcionaba, me soltaron.

—Y usted los conoció por las voces...

—Sí, señor. Por eso, después de haber leído en los periódicos la noticia de dos asesinatos con un lazo semejante al de los verdugos, más lo que ha dicho la radio esta mañana sobre Bessie Coulter, yo pensé en venir a verle a usted y contárselo todo —dijo Hackill—. Hennings está vivo. Su ejecución fue simulada.

—¡Pero lo ahorcó el verdugo oficial!

Hackill meneó la cabeza.

—Sé que se puso enfermo dos días antes. Una grave intoxicación

alimenticia. Peary lo sustituyó, estoy seguro; era siempre el más activo de los dos.

—Pero ¿cómo pudo hacerlo...? —exclamó Phyllis—. Yo creo que en la cárcel tenía que haber un severo control...

—Muchacha, Hennings fue ejecutado en Handstrowe, una prisión secundaria, donde, se puede decir, no se había ahorcado a nadie desde los años veinte —dijo Lexis—. La cosa hubiera sido distinta, de haberse tratado de Wandsworth, ¿no es así, señor Hackill?

El visitante asintió.

—En efecto —convino—. Fue un plan maestro, ejecutado con suma habilidad. Incluso he llegado a saber que Peary logró hacerse amigo del verdugo oficial, bueno, amigo, hasta cierto punto, claro. Pero esa relación le permitió, supongo, enviarle los alimentos en malas condiciones.

—Y así lo sustituyó...

—Con documentación aparentemente en regla, pero falsificada.

—Bien —terció Phyllis—, es un plan excelente, aunque, en mi opinión, con un fallo.

—¿Cuál, señorita?

—El forense. Certificó que Hennings había muerto.

Hackill se encogió de hombros.

—No sé cómo lo consiguieron, pero estoy seguro de que el médico mintió —dijo—. Tal vez lo compraron..., o lo amenazaron... Pero ¿por qué no van a ver al director de Handstrowe? Valdría la pena, me parece.

—Sí, es cierto —admitió Lexis—. Ahora, usted, por favor, dígame qué le impulsó a venir a verme y cómo sabía que yo me intereso en este caso.

Hackill sonrió.

—Estuve hablando ayer con Barneth. Le conté algo de lo que yo pensaba y él me aconsejó que viniera a verle a usted. La verdad, ando algo necesitado y...

—Esos informes bien valen veinte libras —dijo Phyllis impetuosamente.

—¿Nada más? —exclamó Hackill, decepcionado—. Yo creí que...

—¿Cuál es su cifra, amigo? —preguntó Lexis.

—Cien, señor.

—Cincuenta, Ray. Nosotros no perseguimos ninguna recompensa por encontrar el dinero robado. Nuestro interés es puramente particular, téngalo en cuenta.

—Cien —insistió el sujeto.

—Vaya a la policía con su historia. Allí no le darán un solo penique.

Hackill se rindió.

—Está bien, cincuenta, Pero conste que les he dado una información muy valiosa...

Lexis extendió el cheque y se lo entregó a su visitante.

—Preferiría efectivo —dijo Hackill.

—¿Tiene algo que temer de la ley? Si no es así, acepte el cheque, porque, de todos modos, no tengo las cincuenta libras a mano.

—No sé, no sé... Me parece que he perdido el tiempo...

Hackill se marchó, refunfuñando de lo que estimaba tacañería del abogado. Cuando se quedaron solos, Lexis y la joven cambiaron una mirada.

—¿Y ahora? —dijo ella.

—Hay que averiguar dos puntos débiles en esa fantástica historia que, sin embargo, tiene visos de verosimilitud: la declaración del forense y lo que se hizo después con el cadáver de Hennings. O con su cuerpo, tanto da.

—Sí, pero ¿dónde, Cad?

—En el lugar adecuado: la prisión de Handstrowe.

Phyllis se puso en pie.

—En tal caso, no perdamos más tiempo —exclamó—. Vamos, Cad.

Lexis alzó una mano.

—Aguarde un poco; todavía no he terminado mi trabajo y no quiero marcharme sin solucionar un par de asuntos, para que la secretaria los pase a limpio.

A Phyllis no le quedó otro remedio que dominar su impaciencia. Los minutos le parecieron años, hasta que, al fin, Lexis declaró que ya estaba listo.

—Ahora ya podemos irnos —sonrió.

Cuando salían, Mavis dijo:

—Señora, me gustaría mucho ver una fotografía de sus siete

hijos. Tráigala la próxima vez...

—Soy soltera y no tengo hijos —exclamó la joven, muy sulfurada.

Mavis se quedó cortada un segundo. Luego contestó:

—Pues... a decir verdad, merecía tenerlos, ¿no le parece, jefe?

—Eso habrá que decírselo a su esposo, cuando se case —contestó Lexis, a quien le costaba mucho contener sus ganas de echarse a reír.

CAPÍTULO VII

Stanley Claybourne, director de la prisión de Handstrowe, se quedó estupefacto cuando sus visitantes le relataron la increíble historia.

—Pero..., eso no puede ser... —exclamó con voz entrecortada, mientras se limpiaba las gafas con un pañuelo—. Yo mismo presencié la ejecución... Usted, señor Lexis, estuvo también presente... El doctor Penobscue declaró al reo legalmente muerto...

—¿Dónde está el doctor Penobscue?

—Murió hace seis meses. Era ya bastante viejo... Pero ¿cómo dudar de la palabra del forense del condado que, además, era médico de la prisión?

—Pudieron sobornarlo —apuntó Lexis.

—No —contradijo Claybourne con firmeza—. Jamás me harán creer semejante cosa de un hombre como Penobscue. Su honradez estuvo siempre fuera de toda duda. Si él dijo que Hennings estaba muerto, es que era así.

—Quizá hubo amenazas —sugirió Phyllis.

—¿Amenazas? Oh, no, no, él no habría aceptado nunca nada... Claybourne se quedó cortado repentinamente.

—¿Qué pasa, director? —preguntó Lexis.

—Ahora que habla de amenazas... Penobscue estaba casado.

—¿Dónde vive su viuda? —preguntó el joven vivamente.

—La señora Penobscue estaba muy enferma, aunque más justo sería decir que era una mujer inválida, a causa de la artritis. Tenía que estar siempre en el lecho o en una silla de ruedas, pero su esposo la quería muchísimo. El doctor Penobscue no habría permitido jamás que su mujer sufriese el menor daño —contestó Claybourne.

—Lógico —convino Phyllis—. Por favor, ¿dónde vive...?

Claybourne meneó la cabeza.

—Ahora, los dos esposos están juntos para siempre. En la misma sepultura —contestó dramáticamente.

Phyllis se sintió desalentada.

—Entonces, ya no podremos confirmar la historia —dijo.

Lexis levantó su mano.

—Calma —rogó—. Todavía nos queda otro recurso. Director, ¿dónde fue enterrado Hennings?

—Pues... parecerá raro, pero lo ignoro. Su madre vino una hora después de la ejecución y se llevó el cadáver en un furgón fúnebre.

—¿La vio usted?

—Sí. Era una anciana de pelo blanco, muy afligida, como pueden comprender... Sólo sé que dijo pensaba llevar el cuerpo de su hijo al panteón familiar de los Hennings...

—Yo tenía entendido que los ejecutados eran enterrados en un lugar especialmente destinado a ellos, en uno de los patios de la prisión —dijo Lexis.

—En Wandsworth, así es, pero aquí nos reclamaron el cadáver y, aunque en principio pensé negarme, mi jefe de vigilantes me recordó un precedente análogo. Concretamente, el de la última ejecución, acaecida en el año mil novecientos veintinueve.

—¿Cómo es posible que su jefe de vigilantes recuerde algo que sucedió casi hace medio siglo? —se asombró la joven.

—Bueno, su padre también ocupó el mismo cargo —sonrió Claybourne—. El jefe recordaba los detalles y... Entonces, tras consultar con el fiscal del condado, ya no vi inconveniente en acceder a los deseos de la señora Hennings.

—Y no sabe en qué lugar enterraron al reo.

Claybourne meneó la cabeza.

—No se lo preguntamos y, además, aunque esté mal el decirlo, Hennings ya no se encontraba bajo nuestra jurisdicción —contestó—. De todos modos, disculpen si pienso así, pero creo que la historia de una ejecución simulada es del todo punto imposible.

Lexis se puso en pie.

—Director, antes de la ejecución de Hennings, alguien ensayó con un hombre vivo, nada menos que cuatro veces —declaró—. Según mi informador, que fue precisamente el sujeto de esos ensayos, el artilugio ideado por los compinches de Hennings para evitar que muriese ahorcado, funcionó a la perfección.

Claybourne se quedó con la boca abierta.

—Increíble —dijo.

—Lo parece, ¿verdad? Pero yo no tengo motivos para dudar de la historia que me han relatado.

—Otra cosa —intervino Phyllis—. ¿Qué hicieron con el cuerpo de Hennings, después de la ejecución?

—Bueno, lo colocamos en el ataúd.

—¿Lo cerraron?

—Sí, pero no del todo. Simplemente, pusimos la tapa y así estuvo hasta que vino su madre a llevárselo.

—¿Venía sola?

—No, la acompañaba un hombre que dijo ser su sobrino. Éste fue el que vio el rostro del difunto. Su madre, comprensiblemente, no quiso mirar.

—¿Estaba usted presente, director?

—No. Les acompañó el jefe de vigilantes. Pero si quieren hablar con él...

Phyllis se volvió hacia su acompañante.

—La madre y el sobrino formaban parte del plan —dijo.

—Sí —convino Lexis.

—Entonces, ahora nos conviene buscar el panteón familiar de los Hennings.

—Dudo mucho de que lo encontremos, Phyllis —contestó él.

—¿Por qué, Cad?

—Si todo fue un plan para conseguir que Hennings escapase a la justicia, hasta el furgón de pompas fúnebres pudo ser falso y conducido por alguno de sus compinches. En alguna parte, lo pintaron de nuevo y quemaron el ataúd, sin molestarse siquiera en llevarlo a una tumba.

—Lo cual significa que Hennings está vivo...

—Y anda suelto por ahí, cometiendo crímenes a mansalva. —Lexis se volvió hacia Claybourne—. Director, gracias por su amabilidad —añadió.

—Lo que me han dicho ustedes me preocupa notablemente —confesó el aludido—. Tendré que hablar con el fiscal del condado.

—Muy lógico. Adiós, director.

Cuando salieron de la prisión, era ya de noche.

—¿Adónde vamos ahora, Phyllis? —preguntó el joven.

—A mi casa. Está más cerca que el apartamento que tengo en Londres —contestó ella resueltamente.

Phyllis preparó una cena fría, que ambos consumieron en silencio. Al terminar, ella sirvió café.

Lexis estaba sentado en un butacón, junto a la chimenea encendida, ya que la temperatura exterior, pese a la estación, era todavía bastante baja. De cuando en cuando, tomaba un sorbito de la copa balón en que ella le había puesto una generosa dosis de buen *brandy*.

—Un plan magníficamente tramado, todo hay que decirlo —manifestó, después de un largo rato de silencio.

Phyllis se había cambiado de ropa y ahora vestía *pullover* y pantalones negros. Sentada en la alfombra, junto al fuego, le miró inquisitivamente.

—Siga, Cad —invitó.

—Por supuesto, alguien creyó deshacerse de Hennings, atrayéndole a la trampa de un asesinato. Hennings, imagino, era demasiado listo para caer en la misma encerrona que él tendió a sus compinches. Por tanto, era preciso deshacerse de él de una forma absolutamente legal. Pero, a última hora, Hennings, fue más listo que todos, ya que sus compinches, ignorando la suerte que les aguardaba ejecutaron el plan que él ideó después de ser encarcelado.

—Pero ha dejado pasar bastante tiempo, ¿no cree?

—Tal vez lo ha hecho para confiar a los seis testigos que declararon falsamente contra él. De todas formas, quien supo esperar en la cárcel el momento de su ejecución, bien ha podido esperar todavía más tiempo, antes de realizar su venganza.

—¿Venganza... o ansias de quedarse con el botín para él solo?

—Ambas cosas —contestó Lexis—. Lo uno no excluye a lo otro..., pero creo que averiguaremos más detalles, después de hablar con Hyams.

—¿Mañana?

—Claro. Y después iremos a hablar con los tres testigos que aún siguen vivos.

Phyllis se estremeció.

—Suponiendo que esta noche no muera algún otro —dijo.

—No está en nuestras manos evitarlo —respondió Lexis.

Ella señaló el teléfono.

—¿Por qué no intenta hablarles? —sugirió.

—Prefiero esperar —rechazó Lexis la idea—. Creo que es conveniente que hablemos antes con Hyams, Tenemos mucho que decirle y de su actitud podemos obtener datos interesantes, aunque se empeñe en negar todo cuanto pueda acusarle.

—Sí, creo que tiene razón —concordó Phyllis.

Un tronco se partió en la chimenea y envió a lo alto una miríada de chispas. Lexis contempló a la joven y sonrió.

—Está encantadora —dijo—. Pero falta algo.

—¿Sí? ¿No le gusta mi ropa?

—Falta un gran perrazo, dormitando apaciblemente junto a la lumbre.

—Ya he pensado en ello, pero no quiero comprarlo hasta que haya terminado todo y me sienta más tranquila.

—Si piensa viajar de nuevo, no podrá ocuparse mucho del perro.

—No viajaré más.

—¿Dónde estuvo, Phyllis?

—Lo siento.

—No se preocupe. Dispense mi curiosidad.

—Mis viajes no han tenido nada que ver con este asunto. Además, me han permitido ganar bastante dinero.

—En tal caso, la felicito.

—Gracias. —Phyllis se levantó súbitamente—. Tengo sueño. Buenas noches —se despidió.

Lexis quedó solo en la estancia. Acabó el *brandy*, fumó todavía un par de cigarrillos y luego subió al dormitorio.

El sueño cerró sus párpados antes de lo que había esperado. Pero, de súbito, cuando ya había pasado un tiempo que en los primeros instantes no supo calcular, fue despertado por el ruido de un cristal roto con violencia.

Algo cayó en el suelo de la estancia, rodó un poco por el suelo y luego se quedó quieto. Lexis, sobresaltado por el estruendo, despertó en el acto.

Después del ruido de vidrios rotos, oyó un sonido que le puso los pelos de punta.

Era el siseo de una mecha que ardía. Lexis pudo ver las chispas rojas que se desprendían de la combustión. La mecha estaba

insertada en un artefacto de forma cilíndrica, del tamaño de un bote de conservas.

Era una bomba casera, no cabía la menor duda, pero la explosión podía convertirle en pedazos.

Durante un segundo, Lexis sintió la vivísima tentación de cubrirse con las ropas de cama. Pero si el bote contenía nada más que quinientos gramos de dinamita, su muerte podía considerarse como segura.

Sólo había una solución. Saltó de la cama, corrió hacia la bomba y la arrojó a través de la ventana.

Phyllis gritó en aquel momento. Lexis, en paños menores, salió al pasillo.

—¡Tiéndase en el suelo! ¡Nos han lanzado una bomba! —gritó.

La joven obedeció de inmediato, terriblemente desconcertada, Lexis se tumbó en el pasillo, a su lado.

—La mecha debe de estar acabándose ya —dijo.

—Pero ¿quién...?

—Calle, por favor.

Pasaron unos minutos. De pronto, Phyllis alzó la cabeza.

—Cad, usted ha tenido una pesadilla —exclamó, acusadora.

—¡Diablos, no! Un cristal se ha roto y la bomba entró en mi dormitorio. Oí el ruido de la mecha al quemarse y vi las chispas...

—¿Está seguro de que no se trata de una ilusión?

Lexis levantó también la cabeza.

—La verdad, ya debería de haber explotado —contestó—. Cuando lancé la bomba fuera de la casa, apenas si quedaban dos centímetros de mecha.

Resuelta, Phyllis se puso en pie.

—Ande, póngase unos pantalones —indicó, risueña.

Lexis estaba vestido solamente con camiseta y calzoncillos, ya que no había llevado consigo ropa de dormir. Un tanto avergonzado, volvió al dormitorio y se vistió rápidamente.

Cuando salió, Phyllis se hallaba ya en la planta baja, provista de una linterna y con un abrigo de lana sobre el camisón.

—Vamos a ver dónde está su sueño de bomba —dijo, irónica.

Lexis le quitó la linterna.

—No se burle de mí —rezongó.

Abrió la puerta y paseó el haz de rayos luminosos por el suelo

del jardín. De pronto, vio el cilindro.

—Bien, ahí está —dijo.

—Eso parece un bote de tomate, de los antiguos —rió ella.

Lexis frunció el ceño.

—¡Qué raro! —exclamó—. Incluso conserva la etiqueta...

Salió de la casa y examinó la lata con todo cuidado, sin tocarla siquiera. De pronto, lanzó una interjección.

Phyllis, en la puerta de la casa, le vio inclinarse y coger el bote, con el que regresó instantes después.

—No era una broma, aunque tampoco es una bomba —dijo él, a la vez que le tendía la supuesta lata de conservas.

Enormemente asombrada, Phyllis leyó el mensaje escrito en el papel pegado a la superficie metálica:

«Por ahora, sólo contiene arena. Pero la próxima ocasión, si no dejan de meter las narices donde no les importa, emplearé dinamita auténtica. Es menos doloroso que una soga al cuello».

—¡Hennings! —exclamó Phyllis en el acto.

—No cabe la menor duda —respondió el abogado.

Cerró la puerta y miró fijamente a Phyllis.

—La decisión está en sus manos —dijo.

—Seguiré adelante —respondió la joven resueltamente—. Pero no le haré ningún reproche si usted decide abandonar.

Lexis hizo un gesto negativo.

—Ahora, más que nunca, yo también quiero llegar al fondo de este endiablado asunto —aseguró.

CAPÍTULO VIII

Cuando salían de casa, vieron una cara conocida.

—Hola, Phyllis —saludó Henry Dickinson—. ¿Cómo está, abogado?

—Buenos días —respondió ella—. ¿A trabajar?

Dickinson sonrió de mala gana.

—¡Qué remedio! —contestó—. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, ya me siento completamente bien, muchas gracias.

—No sabes cuánto lo celebro. Claro que las penas no pueden durar siempre. Phyllis, ¿cuándo vienes a cenar con nosotros?

—Un día de éstos. Salude a Nellie de mi parte, señor Dickinson.

—Así lo haré, muchacha. Ha sido un placer, abogado —se despidió el empleado de Banca.

Lexis abrió la portezuela del coche.

—Un hombre simpático —comentó.

—Sí, y muy considerado también. Mi padre lo apreciaba muchísimo —declaró Phyllis.

Instantes después, Lexis hacía arrancar el coche. Durante el viaje, charlaron largamente del incidente de la supuesta bomba, analizando todas las posibilidades.

—Lo único que parece claro es que Hennings nos sigue los pasos —resumió Lexis sus especulaciones.

Ella, alarmada, volvió la cabeza.

—¿También ahora? —exclamó.

—Pudiera ser. Pero no podemos evitarlo.

Al cabo de un rato, Phyllis dijo:

—No veo ningún coche sospechoso, Cad.

—Mejor así. De todos modos, él sabe de sobra dónde vive usted. Pero se confundió de dormitorio.

—¿Lo cree así?

—La bomba era para usted.

—Pero el mensaje estaba escrito en plural, Cad.

—Era una forma de expresarse. Hennings sabe o, por lo menos, supone, que usted ha buscado alguna ayuda. De todos modos, el verdadero susto lo pasé yo. Hasta puede que mi pelo esté blanco.

Phyllis sonrió.

—Retiro todo lo que le dije anoche —manifestó.

—Usted tenía razón. Pero..., ¿tengo canas?

Ella lanzó una alegre carcajada.

—Tiene usted el pelo de un adolescente, no tema —repuso.

Dos horas más tarde, llegaron a la granja de Hyams. Desde la valla que circundaba la propiedad, contemplaron unos momentos el panorama.

—No parece exactamente la granja de un criador de caballos de raza selecta —dijo ella.

—¿Por qué no se lo preguntamos a Hyams?

Lexis se apeó del coche y avanzó hacia el portón, sujeto solamente con una anilla. Un perro ladró a lo lejos.

En la puerta del edificio principal asomó un hombre. Lexis y la muchacha avanzaron a lo largo del sendero que conducía a la casa.

—¡Phyllis! —exclamó Hyams, al reconocer a la joven—. ¡Qué sorpresa tan agradable...! ¿Quién es el caballero que te acompaña? ¿Acaso tu prometido?

—Su abogado, señor Hyams. Me llamo Lexis —dijo el joven.

Hyams dejó de sonreír en el acto. Su mano derecha sujetaba con firmeza la correa que impedía moverse al enorme perro lobo, cuyas fauces se entreabrían de cuando en cuando, para emitir unos gruñidos nada tranquilizadores.

—De modo que tu abogado —dijo—. ¿Acaso tienes algo contra mí, Phyllis? No creo haberte causado ningún daño...

—Señor Hyams, nuestra visita está relacionada con el atraco al Banco del que usted fue director —manifestó Lexis.

—Ah, un incidente nada agradable. Alteró por completo el rumbo de mi vida, puedo asegurárselo.

—Sobre todo, si se tienen en cuenta las cuarenta y cinco mil libras que perdió usted en las apuestas hechas a través de Ed Barneth.

Los labios de Hyams se contrajeron.

—No soy el primero que pierde dinero en las carreras de

caballos —respondió.

—Sí, pero eso no está bien en el director de una sucursal de Banco —exclamó Phyllis con gran vehemencia.

—¿Tú también piensas acusarme? Me sorprendes y no agradablemente, Phyllis.

—Lo siento de veras, pero a consecuencia de aquel atraco, mi padre quedó ciego y posteriormente fue asesinado.

—Lo atropelló un automóvil.

—Deliberadamente, señor Hyams.

—Yo no lo creo así, aunque, por supuesto, tú eres libre de opinar como gustes. ¿Tienes algo más que decirme, muchacha?

—Yo sí tengo algo que decirle, señor Hyams —intervino Lexis de nuevo—. En primer lugar, ¿dónde están los caballos que usted dice criar en esta granja?

—Los he vendido —contestó el interpelado sin pestañear—. Ya no quiero saber nada de ese negocio.

—Entonces, ¿a qué se dedica?

—Dimití de mi cargo, pero me quedó una pensión decorosa. No necesito más, señor Lexis.

—¿De dónde sacó las cuarenta y cinco mil libras que perdió en las apuestas?

—Eso no es cuenta suya. Si tiene alguna duda sobre mí, vaya a la policía.

El perro lobo gruñía feroz. Lexis miró con aprensión al enorme animal. Podía destrozarle la garganta con un par de dentelladas, si su dueño lo dejaba suelto.

Pero no por ello se arredró.

—¿Conoció usted a un tal Hennings? —Siguió su interrogatorio.

—No, nunca. Sin embargo, sé que atracó el Banco.

—Porque alguien le informó del momento mejor para saquear la caja.

Hyams sonrió burlonamente.

—Estoy seguro de que piensa en mí al hablar de esa forma —dijo—. No puedo evitarlo...

—¡Ni nosotros tampoco! —exclamó Phyllis con gran vehemencia.

—Señor Hyams, sospechamos que usted y Hennings se relacionaron en alguna ocasión. Pero no fue usted solo, sino seis

personas más, de las cuales, tres han muerto ya —manifestó Lexis—. ¿Quiere que le diga sus nombres?

—Si eso le satisface...

—No, ya veo que no es necesario. Está usted muy bien enterado de todo. Dígame, ¿vive solo en la granja?

—Sí.

—¿No le ayuda nadie?

—Tengo un mozo, pero hoy no ha venido. Además, desde que vendí los caballos, el trabajo es muy escaso.

—Usted estuvo casado —dijo Phyllis.

—Mi esposa me abandonó. Se creía una jovencita. A sus cuarenta y cinco años —respondió Hyams, burlón.

—¿No será que ya no quería vivir con el cómplice de unos ladrones?

—Creo que mis asuntos personales no les interesan en absoluto —respondió Hyams fríamente.

Lexis miró hacia la puerta de la casa.

—Resulta curioso —observó—. Ni siquiera nos ha invitado a tomar una taza de té.

—Tal vez tiene una visita comprometedora —sonrió Phyllis irónicamente—. Mi padre decía que era un hombre muy aficionado a las faldas.

—Y por eso perdía en las carreras de caballos. Mujeres y apuestas; una combinación fatal para el director de un Banco —agregó Lexis con no menor sarcasmo.

Hyams tenía el rostro encarnado como un tomate maduro.

—Será mejor que se marchen —dijo—. No son de la incumbencia de ustedes los motivos por los cuales no permití que entren en mi casa.

—Está bien, creo que ya tenemos más que suficiente —manifestó el joven—. Descuide, señor Hyams; creo que conseguiré demostrar que usted tuvo relación con Hennings, el hombre que dirigió el atraco a su banco.

—Es una inmundada falsedad —gritó Hyams—. Lo único que me hizo dimitir fueron las apuestas en las carreras. Pero perdí mi dinero, no el ajeno. Me quedé prácticamente sin un penique al pagar todas mis deudas.

—Y, sin embargo, compró esta granja.

—Ya la había comprado mucho antes. Pude salvarla del desastre, eso es todo.

—Señor Hyams, ¿qué se hizo del casi medio millón de libras que se llevaron los atracadores?

Los labios del sujeto se contrajeron con fuerza.

—Si no se van de una vez, soltaré al perro —contestó—. Y rechazaré toda culpa, porque diré que ustedes entraron sin permiso en mi propiedad. ¿Está claro?

—Lo que sí está clarísimo es que tiene un pánico espantoso, porque se sabe culpable —dijo Lexis con firme acento—. Vámonos, Phyllis.

La joven miró a Hyams despreciativamente.

—Mi padre tuvo tiempo sobrado para pensar, durante el tiempo que vivió ciego. Él estaba seguro de que usted fue el informador de los atracadores. Si conseguimos demostrarlo, créame, se pasará en la cárcel el resto de sus días.

—Suponiendo que Hennings no se vengue antes —dijo Lexis.

—Está muerto...

—Su ejecución fue una comedia. Está vivo, créame.

Lexis ya no quiso seguir hablando. Agarró a la muchacha por un brazo y tiró de ella.

—Salgamos de aquí, antes de que Hyams suelte a su fiera —murmuró, cuando ya estaban a unos metros de la casa.

Phyllis asintió.

—Ese perro me daba un miedo espantoso —convino.

Caminaron con paso normal, evitando a duras penas el volver la cabeza. De repente, cuando habían cubierto un tercio de la distancia que había desde la casa a la cerca, se oyó una detonación en el interior del edificio.

Un agudo grito siguió al estampido. Luego se oyó otro disparo.

Después, sobrevino el silencio.

Lexis y la joven se contemplaron unos instantes. De pronto, él dio media vuelta y se lanzó a todo correr hacia la casa.

Entró y casi tropezó con el cadáver del perro lobo, cuya frente aparecía destrozada por un balazo. Unos pasos más adelante, Hyams yacía de bruces sobre el suelo.

Estaba completamente inmóvil. La sangre manaba de su cabeza.

Lexis sintió un escalofrío de miedo. En aquel instante, pensó,

había un asesino que le apuntaba con una pistola.

—¡Cad! —llamó Phyllis desde la puerta.

—¡No entre! —aconsejó él, a la vez que retrocedía lentamente.

Con ojos llenos de agonía, miró a su alrededor, en busca de un arma. Un granjero que vivía solo debía de tener una escopeta por alguna parte...

De súbito, se oyó el rugido de un motor al otro lado de la casa.

Lexis agarró a la muchacha por un brazo y la hizo tenderse en el suelo. Instantes después, vieron un automóvil que doblaba la curva del lado opuesto casi sobre dos ruedas.

El conductor usaba sombrero y grandes gafas negras, aparte de que tenía subido el cuello de un chaquetón o un abrigo. También había guantes negros cubriendo sus manos.

El automóvil pasó como una centella, sin que su único ocupante hiciera el menor gesto agresivo hacia la pareja. Lexis procuró fijarse en la matrícula; era un dato que no podía pasar por alto cuando tuviera que declarar ante la policía.

—Era el coche del señor Hyams —declaró el sargento MacNeil, encargado de las pesquisas—. Lo hemos encontrado a media milla de la granja, hacia el Norte. También se han encontrado huellas de otro automóvil, probablemente el del propio asesino.

—Es decir, al venir aquí, dejó su coche a esa distancia y cubrió el camino a pie —dijo Lexis.

—Eso es lo que suponemos. Incluso creemos que llegó a la granja por la parte de atrás.

—Pero ya debía de estar dentro cuando nosotros hablábamos con él.

—Yo también lo creo así —respondió MacNeil—. De todos modos, no hemos encontrado lo que parecía natural: colillas en los ceniceros.

—¿Cree que es natural encontrar colillas, sargento? —preguntó Phyllis.

—El asesino, sin duda, era conocido de Hyams. Éste no fumaba, se sabe positivamente. Pero su visitante sí podía fumar, aunque tampoco es seguro. De todos modos, en una conversación entre dos personas, si una de ellas fuma, siempre queda alguna colilla y no ha aparecido ninguna.

—Sargento, si el asesino vino por la parte de atrás, tuvo que

dejar señales de sus pisadas en alguna parte. El suelo es blando y abunda la hierba.

—Estamos buscándolas —respondió el policía—. Y, a propósito, ¿pueden aclararme los motivos de su visita al difunto señor Hyams?

Lexis se volvió hacia la muchacha.

—Hable, Phyllis —invitó—. Usted es parte interesada en el asunto.

—Mi padre sospechaba de Hyams. Llegó a la conclusión de que él fue quien informó a los atracadores que hace tres años se llevaron casi medio millón de libras esterlinas del Banco Stilwell.

MacNeil silbó.

—Recuerdo el caso —manifestó—. Pero me cuesta mucho creer...

—Si conociera bien los antecedentes de Hyams, no tendría ningún trabajo en creer su culpabilidad, aunque demostrarla sea cosa ya más difícil o quizá imposible —dijo Lexis—. De todos modos, sargento, voy a darle un consejo: cuando hayan terminado las operaciones de rutina, ordene a sus hombres que practiquen un registro a fondo de la granja. El dinero robado no ha aparecido todavía.

—Sí, lo haremos —aseguro MacNeil—. Pero ahora, por favor, háblenme de cuánto sepan sobre el particular.

—Con mucho gusto —accedió el joven.

CAPÍTULO IX

—Esta vez, Hennings no ha, usado el lazo del verdugo —dijo Phyllis, cuando iniciaban ya el regreso.

—El revólver era más seguro. Hennings no podía emplear el cordón de seda, habiendo un perro que era una fiera.

—Debió de escuchar todo lo que decíamos, oculto al otro lado de la puerta, ¿no le parece?

—Seguro —convino Lexis—. Entonces, sin duda, se convenció de que Hyams podía ceder, que era ya un eslabón débil en la cadena, y por eso lo mató.

—Lo que no me explico es cómo no nos atacó a nosotros. ¿Qué piensa usted al respecto, Cad?

—Resulta difícil conocer sus razones. Acaso pensó que dos personas eran un bocado demasiado indigesto; tal vez supuso que yo podía llevar un arma... Después de haber dado muerte a Hyams, a mí ya no podía pillarme desprevenido. Por tanto, su único interés era escapar.

—Y eso fue lo que hizo, aunque no pudimos ver ningún detalle de su rostro. Claro que si sabemos que fue Hennings...

Lexis se mordió los labios.

—Se me está ocurriendo una idea —dijo.

—Hable, Cad —pidió Phyllis.

—La madre de Hennings fue a hacerse cargo del cadáver, para llevarlo al panteón familiar. Esto parece lógico, pero ¿dónde está ese panteón?

Ella se estremeció.

—¿Haría abrir el ataúd, si lo encontrase? —preguntó.

—Resultaría conveniente, me parece.

—Sí, tal vez. No obstante, lo difícil es encontrar el panteón.

—Tengo un amigo que puede encargarse de esa tarea. Es decir, encontrar la residencia de la madre de Hennings. Una vez

conseguido este dato, lo demás resultará fácil.

—Está bien —aprobó ella—. Oiga, usted asistió a las sesiones del juicio como periodista.

—Es cierto. No me perdí una sola.

—Entonces, tuvo que ver alguna vez a la madre de Hennings. Supongo que la señora Hennings tendría algún interés en su hijo, ¿no cree?

Lexis frunció el ceño.

—Ahora que lo dice... No, no recuerdo haber visto a la madre de Hennings en ningún momento. Y me parece extraño que no asistiese a ninguna de las sesiones del juicio.

—Cad, acaso la mujer que dijo ser su madre no era sino un cómplice disfrazado. Si querían sacarlo de la cárcel, tenían que recurrir a esa argucia, ¿no cree?

—A menos que la propia madre estuviese complicada en el asunto, claro; pero eso sólo lo sabremos cuando mi amigo haya investigado sobre el particular.

—Muy bien. ¿Qué hará usted mientras tanto?

—Aún quedan tres testigos vivos. Me entrevistaré con ellos a partir de mañana —respondió Lexis resueltamente.

—Ya habló con uno de ellos y negó toda relación con el atraco —le recordó la muchacha.

—Es cierto, pero volveré a hablar con Mountle. Puede que no quisiera tomar parte en el asunto del atraco, pero no cabe duda de que se puso de acuerdo con los demás para ayudar a la condena de Hennings.

—¿A quién verá en primer lugar, Cad?

—A Richard Kirsoff.

Veinticuatro horas más tarde, Richard Kirsoff soltó una estentórea carcajada, cuando su visitante le insinuó la posibilidad de una conjura, para lograr la sentencia a muerte de Hennings.

—Nada de eso, no hubo conjura —dijo Kirsoff, alto, apuesto, con todo el aire de un *play-boy*—. Lo único que hubo fue que Hennings quiso ponerme como testigo de su coartada, pero yo declararé la verdad. A la hora del crimen, Hennings no estaba tomando una copa conmigo, en el lugar que citó.

—¿Puede indicarme ese local, señor Kirsoff? —solicitó Lexis.

—¿Por qué quiere saberlo?

—Para ahorrarme consultar las actas del proceso, simplemente. De todos modos, llegaría a saberlo..., pero si usted asegura haber dicho la verdad, no tiene por qué temer mis investigaciones.

—Y no las temo. Es el

Penny's,

en Whitechapel, calle Prescott. Vaya, vaya allí y pregunte a los empleados. ¿O acaso cree que no lo hizo ya la policía?

—Iré, se lo aseguro. Mientras tanto, dígame, ¿qué opina usted de la muerte de tres de los testigos?

—Mala suerte para ellos —respondió Kirsoff, impertérrito.

«Es más duro de lo que había calculado», pensó Lexis.

—¿No teme usted la venganza de Hennings? —preguntó.

—¿La venganza del ahorcado, como se ha dado en decir por algunos? —rió el *play-boy*—. Oh, no, en absoluto. Hennings está muerto y bien muerto...

—¿Cuál era la relación que les unía? ¿Amistad, comercial...?

—Simple amistad, aunque no tanta como para mentir ante un tribunal.

—¿Conoce usted a Robert Hyams?

—¿Quién es ese individuo, señor Lexis?

—Era. Murió ayer, asesinado de un tiro, presumiblemente por Hennings.

—¡Pero Hennings está muerto!

—Se sospecha que su ejecución fue simulada, aunque no con el consentimiento de las autoridades. Tengo muy buenas razones para creerlo así, se lo aseguro.

Por primera vez, en todo el tiempo que llevaban hablando, Kirsoff pareció sentirse preocupado.

—Ese Hennings... Era infernalmente astuto, aunque al final, de nada le sirvió —dijo entre dientes. Elevó la voz—. De todos modos, no le temo, si es que de verdad sigue con vida. Tengo en casa un magnífico revólver y lo usaré, si intenta atacarme.

—Puede hacerlo en la calle...

—Estrangular a una persona cuesta más de lo que parece. Todos los crímenes han sido cometidos en los domicilios de las víctimas. Y ya cuidaré de que nadie entre en mi casa, sin cerciorarme antes de su verdadera personalidad.

—A mí me ha abierto sin más trámites —dijo Lexis.

—Porque le he visto antes a través de la mirilla.

—Oh, sí, claro, no había dado en ello. De modo que no tuvo usted nada que ver con el atraco al Banco Stilwell.

—Insisto en que no. Oiga, fue un botín magnífico.

—Por cierto, el dinero sigue sin aparecer.

Kirsoff suspiró.

—¡Quién pillara ese medio millón de libras! —exclamó—. ¿Puedo servirle en algo más?

—Gracias, eso es todo por ahora.

Lexis abandonó la lujosa residencia de Kirsoff, con la sensación de haber perdido el tiempo. Kirsoff era, además de astuto, un tipo frío y que no se amilanaba por nada. Sólo había parecido un tanto sorprendido al enterarse de la posible supervivencia de Hennings, pero su momento de flaqueza había sido cortísimo.

Un tanto despechado, encaminó sus pasos hacia el Penny's.

Convenía estudiar el local donde Hennings decía haber estado a la hora en que se cometió el crimen de que fue acusado.

El

Penny's

era un local donde la luz estaba muy matizada y en el que abundaban los cortinajes, que hacían apagadas las conversaciones de los clientes. Había bastantes semirreservados y en la larga barra se veían algunas chicas de aire desenvuelto y vestimenta más que atrevida.

Las camareras llevaban por todo atavío tres pedacitos de tela en los lugares más estratégicos de su anatomía. Lexis buscó una mesa y pidió un doble de *whisky* a la chica que se le acercó para consultar sus preferencias en materia de bebida.

La camarera vino con el *whisky*. Lexis puso en sus manos un billete de cinco libras.

—¿Por qué? —preguntó ella, asombrada.

—Si no estabas aquí hace dos años y medio, busca a una que sí lo estuviera. Sé discreta y dile que se ganará una buena propina, por favor.

La chica asintió.

—Sally Curdy es la más veterana de todas nosotras. Pronto la harán jefa de camareras. Lleva aquí seis años...

—Gracias. Dile que venga cuando pueda. Sin prisas.

—Las camareras no pueden alternar con los clientes, señor.

—Será cuestión de un minuto —sonrió Lexis.

—Está bien.

Minutos después, llegó una opulenta mujer, de unos treinta años, muy rubia y de ojos fríos y duros.

—Quiero darte a ganar cincuenta libras, Sally —dijo Lexis sin más preámbulos—. Soy investigador y he de hablar contigo extensamente, aunque me parece que eso no va a poder ser aquí.

La mirada de Sally se humanizó un tanto.

—Salgo a las once en punto —dijo—. Pero llevo una pistola en el bolso y la sé usar —advirtió.

—No soy un maníaco sexual ni un ladrón y voy desarmado —sonrió Lexis.

Sally le estudió unos segundos y sonrió.

—Tienes cara de buena persona. Espérame a la salida, en la puerta de servicio —contestó, antes de dar media vuelta y enseñar su pomposo final de espalda, macizo y contoneante.

A las once y media, Lexis entraba en el apartamento de Sally.

—Sírrete de beber —invitó la rubia—. Voy un momento al baño.

—Gracias.

Lexis quedó solo unos minutos. Sally volvió a poco, con el pelo suelto y el cuerpo envuelto en una aparatosa bata de encajes rojos y negros. Buscó cigarrillos y aceptó la llama del encendedor que le tendía su invitado.

—Está bien, habla —dijo.

—Se trata de un tal Hennings. Cometió un asesinato y fue condenado a muerte.

—Lo recuerdo. Pero ¿no lo ejecutaron en Wandsworth...?

—No. Murió en Handstrowe, porque el crimen se cometió en una localidad de aquel condado. Pero Hennings aseguró que a la hora en que moría la víctima, él estaba en Penny's con un tal Kirsoff.

—¡Kirsoff! —exclamó Sally con violencia.

—Le conoces, ¿eh?

Ella hizo una mueca de desprecio.

—Es un vividor —calificó—. Yo le calé muy pronto y lo envié a

paseo, concretamente, el día en que me pidió prestadas cien libras. Aquello me enfrió en el acto, créeme.

—Me lo imagino —sonrió Lexis—. Hennings dijo que a la hora en que se cometió el crimen, estaba en

Penny's,

con Kirsoff. ¿Qué recuerdas sobre el particular?

—Hace ya tanto tiempo... —suspiró la rubia—. A ver, déjame pensar...

—¿Es que no te preguntó nada la policía?

—No.

—¿Por qué?

—El

Penny's

cambió de dueño por aquella época, el nuevo no me gustaba, así que me largué. Luego hubo un nuevo cambio de dueño y éste me buscó y me ofreció mejores condiciones. Como vi que era un tipo honesto, dentro de lo que es esta clase de negocios, acepté.

—Es decir, en la época en que se cometió el crimen tú sí trabajabas en el

Penny's.

—Sí, pero me marché a las pocas semanas. Y tengo entendido que la policía tardó bastante en descubrir al asesino. Por tanto, ya no me interrogaron sobre el particular. Pero, sí, Hennings y Kirsoff se veían con frecuencia en el local. A veces, casi a diario.

—Pero en la fecha del crimen...

Sally se encogió de hombros.

—¿Cómo recordarlo con exactitud? Es muy posible; que sí, que aquel día Hennings estuviese en el

Penny's,

pero si me lo preguntasen bajo juramento, no podría contestar.

—Sin embargo —dijo Lexis sumamente pensativo—, cabe la posibilidad de que Hennings hubiese declarado la verdad. En tal caso, ¿por qué lo negó Kirsoff?

—Si fue así, yo te diría un motivo muy bueno, Cad.

Lexis miró fijamente a la rubia.

—Habla —invitó.

—Aparte de otras cosas nada limpias, eran dos estafadores. Tal vez hicieron un buen negocio y Kirsoff no quiso dar su parte a

Hennings.

—¿Lo crees así?

—Después de aquello, vi a Kirsoff nadando en la abundancia. Literalmente, tiraba el dinero. A mí me enseñó diez billetes de cien libras, me los pasó por las narices y luego me envió al cuerno. A pesar de todo, no lo lamenté. La chica que se fue con él, volvió esquilmada antes de un mes.

—Es decir, Kirsoff perdió el dinero...

Sally se tumbó en el suelo y puso las piernas sobre el brazo de un sillón.

—No sabes lo que cansan tantas horas de pie —contestó—. Sí, lo perdió todo en el juego y en las apuestas. Kirsoff acabará mal; alguna le rajará las tripas cualquier día.

—Comprendo. Sally, por último, crees que Hennings pudo decir la verdad. Es decir, hay un gran número de posibilidades de que el día del crimen estuviese con Kirsoff en Penny's.

—Sí, yo diría que hay un noventa y cinco por ciento a favor de Hennings.

—En tal caso, la pregunta surge de inmediato: si Hennings no lo hizo, ¿quién fue?

Sally se incorporó de pronto y fue a sentarse sobre las rodillas de su invitado. Sonrió al ponerle los brazos al cuello.

—¿Por qué no te despreocupas un momento de ese problema? —sugirió.

—¿Crees que me convendría? —preguntó él.

Los párpados de Sally se movieron incitantemente.

—¿Eres soltero?

—Sí, claro.

—Y no tienes ningún compromiso.

Lexis pensó un instante en Phyllis, pero apartó a la muchacha de su mente en el acto.

—No, no tengo compromiso alguno —respondió.

—Mejor, así tampoco tendrás remordimientos de conciencia engañando a otra mujer.

—¿Con quién, Sally?

Los labios de la rubia buscaron con avidez los de su huésped.

—Adivínalo —contestó ardorosamente.

CAPÍTULO X

El último testigo de la lista era Spence Brown y averiguar su paradero costó a Lexis nada menos que tres días. Pero, al final, consiguió llamar a la puerta de su casa.

Brown era un sujeto de mediana estatura, casi completamente calvo y de cara ajada y melancólica. Vivía solo en las afueras de Londres, en una casita de modesto aspecto, en la que el jardín, por contraste, presentaba una apariencia magnífica. «Sin duda, Brown es aficionado a la jardinería», estimó Lexis, mientras aguardaba a que le abriesen.

Brown se hizo visible por fin.

—¿Sí? —dijo con voz apenas audible.

—Señor Brown, me llamo Lexis y deseo hacerle unas preguntas. Soy abogado de la señorita Blakeney, cuyo padre quedó ciego a consecuencia de un atraco en el Banco en que trabajaba y que más tarde fue asesinado.

—¿Tengo yo algo que ver con ese asunto? —preguntó Brown.

—Es posible. Usted declaró en el juicio contra Hennings.

Brown se mordió los labios.

—Entre —invitó al fin—. Aunque no podré decirle mucho al respecto, aparte de lo que declararé ante el tribunal.

—¿Fue un testimonio verdadero?

—Sí —contestó Brown, volviéndose hacia su visitante—. Sí, dije la verdad —insistió.

—Por tanto, Hennings fue condenado a muerte.

—Yo no cometí el crimen. Lo siento.

—Se sospecha que Hennings está vivo.

—Lo ahorcaron.

—Ideó un ardid y consiguió escapar vivo, después de su fingida ejecución. Ya ha matado a cuatro personas.

—Lo sé, leo los periódicos..., pero yo dije todo lo que sabía

sobre el crimen que cometió.

—Ese crimen estaba relacionado con el asalto al Banco Stilwell. Brown se encogió de hombros.

—No sé nada de eso —contestó, con voz insegura.

—Me gustaría creerle, pero no puedo. ¿No teme a Hennings?

—¿Por qué iba a temerle? ¿Qué conseguiría con mi muerte?

—Acaso quedarse solo con el botín del atraco, ¿no le parece?

—Si tiene ya el dinero, es decir, suponiendo que esté vivo, como usted dice, ¿por qué asesinarme?

—Quizá usted, como los otros, sabe algo más que lo que declararon en el juicio y está aguardando el momento para sacarle dinero a Hennings.

—No, nada de eso. Mire, yo tengo una pequeña renta y no necesito más. ¿Qué haría yo con casi setenta mil libras?

—¿Por qué cita esa cifra?

Brown se quedó cortado.

—No sé, se me ha ocurrido de repente...

—No se le ha ocurrido de repente —declaró Lexis con firme acento—. Fueron seis los testigos que declararon contra Hennings, más el cómplice del Banco, en total, siete personas. Puesto que el botín se acercaba a las cuatrocientas ochenta mil libras, resulta obvio que a cada uno de los implicados en el asunto correspondían alrededor de sesenta y ocho mil quinientas libras.

Ahora, Brown estaba muy pálido, lo que dijo a Lexis que estaba cada vez más cerca de la verdad. Pero, de repente, decidió poner en práctica la idea que se le había ocurrido días antes, después de la entrevista con Kirsoff.

Sonrió ligeramente y dijo:

—Hennings era aficionado a los disfraces, creo.

—Sí, eso tengo entendido...

—¿Qué te parece este disfraz, Spence? ¿Verdad que nadie me reconocería? ¿Quién podría adivinar que yo soy el tipo a quien ahorcaron en Handstrowe?

Brown lanzó un chillido, a la vez que daba un salto hacia atrás.

—¡Murray! Por favor, no me mates... Te lo contaré todo... —dijo, lleno de terror—. Tuve que declarar así, me obligaron a ello...

—De modo que declaró en falso, Brown.

Hubo un momento de silencio.

—Usted no es Hennings —dijo el sujeto.

—No.

—Me ha engañado.

—Sí.

Brown se pasó una mano por la frente.

—Eso no es vivir —dijo al cabo—. ¿Por qué diablos se me ocurriría entrar en ese sucio asunto?

—Explíquemelo, ¿quiere?

—Oiga, tengo escrita una confesión... Si se la entrego, ¿me... me promete mantenerme al margen de este asunto?

—Haré lo que pueda, aunque no estoy en condiciones de establecer un compromiso firme, señor Brown —contestó Lexis, satisfecho del ardid que había quebrantado el ánimo de su interlocutor.

—E... espere un momento. Está en un sobre y... lo tengo escondido en otra parte de la casa...

Brown se alejó. Cuando ya llegaba a la puerta de la sala que daba al interior de la vivienda, Lexis llamó su atención con una pregunta:

—¿Dónde está el dinero del atraco?

Brown se volvió y le miró con ojos agónicos.

—Aunque le cueste creerlo, no he recibido todavía un solo penique de ese maldito dinero —respondió.

Lexis se quedó solo en la estancia. Vio una botella, la destapó, olió su contenido y luego se sirvió un trago.

Encendió un cigarrillo para entretener la espera. Al cabo de diez minutos, notó que Brown no daba señales de vida.

—¿Me habré dejado engañar? —murmuró, irritado consigo mismo.

Decidió aguardar cinco minutos más. Acaso Brown tenía su confesión muy bien escondida y le costaba sacarla al descubierto.

El silencio se había adueñado de la casa. Lexis empezó a alarmarse.

La idea de que Brown le había dejado, penetró con fuerza en su mente. De pronto, cuando ya habían pasado casi veinte minutos desde que se separaran, decidió buscarlo.

Lo encontró a los pocos momentos. Brown estaba sentado en un sillón, tras su mesa de trabajo, con un lazo corredizo en torno al

cuello.

—Otro golpe de Hennings —murmuró Phyllis, muy consternada, cuando Lexis le contó lo sucedido al día siguiente, por la tarde.

—Ya no cabe la menor duda —dijo Lexis—. Esta mañana hablé con mi amigo. La madre de Hennings murió hace diez años en Australia y no se sabe que la familia poseyera un panteón en ningún cementerio.

—Entonces, el truco salió bien.

—Sí.

—De todos modos, hay algo que no acabo de entender por completo, Cad.

—¿Qué es, Phyllis?

—¿Por qué un plan tan complicado para conseguir casi medio millón de libras esterlinas? Primero usan a cinco atracadores para llevarse el dinero y luego los suprimen. Después, el superviviente, Hennings, se dedica a vengarse de quienes le enviaron al patíbulo. ¿Lo hace solamente para quedarse con el botín?

—Por supuesto. ¿Cómo podía ser de otro modo?

Ella hizo un gesto dubitativo.

—No sé... Quizá me vuelvo demasiado incrédula...

—Lo cierto es que ha muerto ya una cantidad de personas realmente estremecedora. Y sólo quedan dos testigos vivos.

—Los dos que le separan a Hennings del disfrute de esa fortuna.

—Justamente.

—Cad, si Hennings tiene ya el dinero, ¿por qué no escapar con él y dejar a los otros en paz?

De pronto, llamaron a la puerta.

Phyllis se puso en pie.

—Voy a ver...

—Aguarde —dijo Lexis—. No se precipite.

El joven se acercó a la puerta y atisbo por la mirilla. Un segundo después, abrió y sonrió al visitante.

—¿Cómo está, señor Dickinson? —saludó.

—¿Qué tal, abogado? Hola, Phyllis —dijo el recién llegado—. Vi luz en tu casa y me he permitido entrar un momento para invitarte mañana a cenar con nosotros. Es decir, si no tienes algún compromiso...

—No puedo asegurarle nada todavía, señor Dickinson —

respondió la muchacha—. De todos modos, gracias por su invitación.

—Avísame en cuanto puedas acudir: Nellie tendrá mucho gusto en preparar una buena pierna de cordero al estilo de su Escocia natal. A tu padre le agradaba muchísimo.

—Sí, lo recuerdo perfectamente. Si puedo ir, le avisaré por teléfono.

Dickinson dirigió una sonrisa hacia Lexis.

—He tenido mucho placer —dijo.

—Gracias —contestó el joven.

—Hasta la vista, Phyllis —se despidió Dickinson.

Lexis abrió la puerta. Cuando Dickinson se disponía a salir, le detuvo con un leve ademán.

—Perdón...

—¿Sí?

—Si no le importa, me gustaría hacerle una pregunta.

—Claro que no. Lo que interesa es que yo conozca la respuesta —dijo Dickinson amablemente.

—Supongo que sí. Se trata del atraco al Banco, en el que usted participó, si bien forzado por las circunstancias, claro. Cuando a uno le amenazan con una pistola... —Lexis soltó una risita—. Por favor, ¿puede decirme de qué clase eran los billetes que se llevaron los bandidos?

—Oh, la mayoría eran de veinte y de diez libras, por fajos de cien billetes. También había algunos fajos de billetes de cien libras, pero eran muy pocos.

—En tal caso, el botín debía de resultar bastante voluminoso.

—Figúrese Al atracador que cargó con el saco casi se le doblaban las piernas.

—Y usted...

—Compréndalo, allí y bajo la amenaza de las pistolas, como todos, por supuesto.

—Sí, me lo imagino. Bien, muchas gracias, señor Dickinson.

—De nada, amigo mío. Adiós, Phyllis.

Lexis cerró la puerta. Al quedarse solos, ella le miró fijamente.

—¿Por qué le ha hecho esas preguntas, Cad? —inquirió.

—Tengo que conocer la mayor cantidad de detalles posibles, respecto al atraco —respondió él, con aire de profunda

preocupación—. Y puesto que Dickinson es el cajero, o lo era en el momento del robo, me pareció una de las personas más indicadas para consultarle sobre el particular.

—Sí, tiene razón —convino Phyllis—. Pero, dígame, ¿cuál va a ser su siguiente paso?

Los ojos de Lexis se entornaron.

—En primer lugar, debo entrevistarme nuevamente con Kirsoff y Mountle, pero, sobre todo, con este último —contestó.

—¿Y después?

—Después... todo dependerá de las respuestas que obtenga.

—Comprendo. ¿Le importa que le acompañe?

Lexis extendió la mano, como señalando la salida.

—En absoluto. Usted paga y, por lo tanto, manda —contestó con excelente buen humor.

CAPÍTULO XI

Richard Kirsoff inclinó la botella y empezó a llenar copas. Al terminar, ofreció primero a la joven. Phyllis rechazó con leve gesto negativo. Lexis, en cambio, aceptó la invitación.

—Me miran como un bicho raro —dijo Kirsoff, sonriendo—. ¿Todavía siguen pensando en que tuve algo que ver con el atraco del Banco?

—Sí —contestó Lexis.

—No puedo evitarlo, supongo. Sin embargo, y por fortuna mía, usted no representa a la ley.

—Eso es muy cierto. Pero quizá se vea usted en apuros cuando le interroge alguien que sí represente a la ley.

Las cejas de Kirsoff se levantaron.

—¿De veras? Y, ¿cuál será la acusación?

—Perjurio.

—Ah, declarar en falso, ¿no es así?

—Exactamente. ¿Conoce usted a una tal Sally Curdy?

Kirsoff dejó de sonreír.

—Por respeto a la señorita Blakeney, no quiero expresar la opinión que me merece esa mujer —contestó.

—La que Sally tiene sobre usted tampoco es mejor —dijo Lexis fríamente—. Hablé con ella largamente. Usted me recomendó que fuese al

Penny's

y eso es lo que hice.

—¡Un momento! Hubo una época en que Sally no trabajaba en ese local —exclamó Kirsoff—. Precisamente...

—Sally se despidió del

Penny's

algunas semanas después de que Hennings cometiese el crimen del que fue acusado y por el que se le sentenció a morir en la horca.

Pero en aquellas fechas, Sally sí estaba en ese local. Y recuerda perfectamente que usted y Hennings se entrevistaban poco menos que a diario.

—Si eso es cierto, ¿cómo no la interrogó la policía?

—Por la sencilla razón de que también los policías son seres humanos y se equivocan como otro cualquiera. Simplemente, a nadie se le ocurrió preguntar por Sally.

—Y usted sí lo hizo.

Lexis sonrió.

—Pregunté por la camarera más veterana del local. Apareció Sally. Y dice que las posibilidades de que Hennings fuese inocente, son del noventa y cinco por ciento; es decir, en el momento en que alguien cometía el crimen del que luego se le acusó, estaba con usted en el Penny's.

—No, no es cierto. Yo lo recuerdo muy bien. La policía estableció una fecha. Aquel día no nos entrevistamos.

—Nadie puede garantizar que usted diga la verdad. Si Sally hubiese sido interrogada, su posición, Kirsoff, habría sido muy distinta.

—Muy bien. Supongamos que lo que usted dice es cierto. ¿Qué interés podría yo tener en la condena de Hennings?

—El interés lógico en unos conspiradores, que querían librarse de un digamos peligroso competidor, aparte de que no querían compartir con él cierta cantidad de dinero. ¿Le parece poco?

Kirsoff se encogió de hombros.

—Todo eso no son sino especulaciones inútiles —contestó—. Ningún abogado medianamente inteligente las tomaría en serio.

Lexis dejó su copa a un lado.

—Veremos —dijo—. De momento, es casi absolutamente seguro que Hennings no cometió el crimen del que se le acusó. Por cierto, usted conocía su afición a los disfraces.

—Hubo un tiempo en que quiso ser actor de teatro, pero de ello hace ya más de quince años...

—Usted y Hennings estafaban a la gente, con falsos títulos de Banco, propiedades que no existían y cosas así. Hennings, según la ocasión, adoptaba distintas personalidades: hombre de negocios respetable, de mediana edad; opulento propietario, con grandes

propiedades en el campo; joven deportista, aficionado también a la Bolsa... y, a veces, hasta anciano militar retirado que necesitaba un anticipo sobre su pensión... Pero ese trabajo... era mucho trabajo y daba poco dinero. Por eso, un día, empezaron a idear algo mejor. Y surgió la oportunidad del atraco al Banco Stilwell.

Kirsoff estaba pálido. Lexis ya no quiso continuar hablando.

—Vámonos —dijo.

Phyllis se levantó.

—Le recomiendo se tome otra copa, señor Kirsoff; tiene usted muy mala cara —dijo sonriendo.

Cuando abandonaron el piso, Kirsoff no había despegado todavía los labios.

—Cad, ¿es cierto lo de los disfraces?

—Sí. Me lo contó Sally, la camarera. En las primeras ocasiones en que Hennings apareció por el local, bajo otro aspecto, ella no notó nada. Pero, cierto día, al servirle una copa, cuando Hennings tenía el aspecto de un veterano coronel retirado, ella se fijó en su mano izquierda. A Hennings le faltaba la falange del meñique izquierdo.

—Un detalle revelador —calificó Phyllis.

—Indudablemente.

—¿Le costó mucho conseguir esos datos?

—Usted me dio dinero.

—¿Lo aceptó Sally?

—Claro.

—¡Hum, no me fío!

—¿Por qué, Phyllis? —preguntó él, mientras abría la portezuela del coche.

—Me gustaría saber si usted logró convencer a Sally sólo con dinero —dijo la joven, al acomodarse en el asiento.

Lexis se inclinó hacia ella.

—Soy un hombre discreto —murmuró.

—Un pequeño canalla.

—¿Le disgusta mi entrevista con Sally?

—Prefiero no seguir hablando más del asunto. ¿No íbamos a visitar a Mountle?

Lexis rió suavemente.

—Sí, ahora mismo —respondió.

Todavía reía al sentarse tras el volante. Sentíase satisfecho por la irritación de Phyllis. «Eso significa que le intereso un poco», pensó.

—Ya le dije todo lo que sabía sobre el particular —contestó Mountle de mal humor—. Declaré la verdad, eso es todo.

—Usted mintió —dijo Lexis, impasible—. Hennings no mencionó nunca el nombre de la víctima. Usted, en cambio, lo citó ante el tribunal. ¿Por qué mintió? ¿Quién le obligó a ello?

Mountle desvió la mirada a un lado.

—Nadie me obligó. Y dije la verdad —contestó hoscamente.

—Hennings no murió ahorcado. Ahora anda suelto por ahí, vengándose de los que quisieron matarle. ¿No teme usted que se le aparezca cualquier día y le estrangule con un lazo de verdugo?

—No lo hará. Yo ya había decidido no tomar parte en el asunto.

—O quizá exigía más de lo que estaban dispuestos a darle y se negó a proporcionarles escondite, cuando ellos, a su vez, no aceptaron el trato.

—¿Importa eso mucho ahora?

—Sí, porque fueron siete los que, realmente, tomaron parte en el atraco, aunque no actuaran de forma práctica y fuesen otros los que lo realizaron. Y de los siete, ya sólo quedan dos: usted y Kirsoff. Y Hennings, naturalmente.

Mountle se secó el sudor con un pañuelo.

—Está divagando —contestó—. Repito que no sé nada y que todo lo que declaré era verdad.

—También es verdad que ahora tiene un miedo espantoso. Salta a la vista, ¿verdad, Phyllis?

—Sí —contestó la muchacha.

—¿Por qué conspiraron para conseguir el botín del casi medio millón de libras? ¿Quién les convenció para que tomaran parte en el asunto? —insistió Lexis.

—Ya ha muerto —rezongó Mountle.

—Bien, diga el nombre.

—Hyams.

—Lo mató Hennings.

—Así parece.

—Lo cual significa que usted también cree que no murió ahorcado.

Mountle hizo un gesto afirmativo.

—Era un tipo de gran ingenio —contestó.

—Quizá, por esa misma razón, usted conoce ahora su actual escondite —supuso Lexis.

—No. Lo siento. Se lo diría si lo supiera, pero lo ignoro.

Lexis meditó todavía unos segundos. Luego se puso en pie.

—Es muy probable que volvamos a vernos pronto —dijo.

Mountle no contestó. Lexis agarró el brazo de la joven y la empujó hacia la puerta.

—¿Qué opina usted, Phyllis? —preguntó, cuando ya habían salido de la casa.

—Ese hombre miente —respondió ella sin vacilar.

—De acuerdo. ¿Por qué?

—El dinero no ha aparecido. Hace tres años ya que lo robaron. Está en alguna parte y Mountle, como Kirsoff, aguarda sólo el momento del reparto.

—¿De veras cree que Hennings repartirá el botín con quienes le engañaron?

—Al menos, Kirsoff y Mountle, están convencidos de que sí lo hará.

Lexis hizo un gesto de duda.

—Respecto a Mountle, pudiera ser. Pero Hennings, en todo caso, se vengará de Kirsoff, porque la sola declaración de su antiguo socio en las estafas podría haberle salvado y Kirsoff no quiso.

—Cad, lo que importaría ahora es encontrar a Hennings, pero no tenemos la menor pista. ¿Dónde puede esconderse?

El joven se encogió de hombros.

—Estoy igual que usted, es decir, no tengo la menor idea —contestó.

Cenaron juntos. Luego, Lexis acompañó a la joven hasta su casa. Cuando llegaron, un hombre les salió al paso.

—Deseo hablar con usted, abogado —manifestó Ray Hackill.

Lexis enarcó las cejas.

—¿Cómo ha sabido que debía esperarme aquí? —se asombró.

—Su secretaria —explicó el sujeto—. Me dio la dirección de su casa y la de la chica que le acompaña. Puesto que no está en su casa, vine aquí.

—Ah, muy bien, es usted un tipo listo —sonrió Lexis—. Ray, la calle no es el mejor sitio para hablar. Con permiso de la señorita

Blakeney, por supuesto.

—Lo tienen —dijo la aludida.

Momentos después, Phyllis empezaba a preparar bebidas. Lexis se dirigió al sujeto:

—Está bien, Ray, adelante.

—La información costará doscientas cincuenta libras —dijo Hackill sin pestañear.

—Las tendrá, si lo vale —respondió Lexis—. De lo contrario, no cuente con un solo penique.

Hackill suspiró.

—Está bien. —Sacó un mapa de carreteras con la mano izquierda y lo señaló con el dedo índice de la mano derecha—. Conozco el lugar donde ensayaron conmigo el truco para salvar a Hennings de la horca.

—Eso vale la cifra solicitada —dijo Phyllis instantáneamente.

—Muy bien, Ray, firmaré un cheque —añadió Lexis—. ¿Qué más?

—He señalado con un círculo rojo el sitio adonde me tuvieron secuestrado un montón de días —manifestó Hackill—. Estuve pensando mucho tiempo en este condenado asunto y, al fin, llegué a una conclusión.

—¿Cómo sucedió?

—Es bien sencillo. Mientras estaba secuestrado, oía con frecuencia relinchos de caballos. También oía ladrar a un perro de gran tamaño. No podía ver nada, pero tengo buen oído, recuérdelo.

—Eso es cierto. —Lexis se volvió hacia la joven—. ¿Se imagina cuál es ese lugar, Phyllis?

—Sí, Cad —respondió ella.

—Ray, deje ahí el mapa, por favor.

—Sí, señor.

Lexis se sentó frente a una mesita, sacó el talonario de cheques y rellenó uno por doscientas cincuenta libras. Luego se lo entregó al informador.

—Este dinero incluye también su silencio, Ray —dijo.

—Descuide, sé lo que debo hacer —contestó Hackill, mientras se dirigía hacia la puerta.

—Cad, ¿qué haremos ahora? —preguntó Phyllis, cuando se quedaron a solas.

Lexis se tumbó en el diván, puso los pies sobre uno de los brazos y fijó la vista en el techo.

—De momento, yo voy a pensar en soluciones —contestó.

Phyllis sonrió, mientras le acercaba una copa llena.

—En tal caso, aquí tiene un estimulante para sus células grises —dijo con jovial acento.

CAPÍTULO XII

La granja de Hyams estaba desierta y solitaria a la mañana siguiente, cuando llegaron a sus inmediaciones. Tras abrir la puerta de la cerca, Lexis volvió al coche, que estacionó al otro lado del edificio principal.

—Bien, ya hemos llegado —dijo al apearse.

Phyllis se bajó por el otro lado.

—¿Cuál es su plan, Cad?

—Sígame, por favor.

Entraron en la casa. El interior aparecía completamente en orden. Lexis empezó a patear el suelo de madera.

—¿Busca el escondite del dinero? —preguntó.

—El dinero ya saldrá —contestó él—. Estoy buscando otra cosa..., pero mucho me temo que no está aquí.

—Entonces, hemos perdido el tiempo.

—No se precipite —sonrió Lexis—. Vamos a los establos.

Salieron de la casa. Los establos aparecían vacíos. Tampoco allí encontraron nada interesante.

Desde la puerta, Lexis contempló el resto de las edificaciones de la granja. De pronto, reparó en un espacioso granero de dos pisos y, sin pensárselo dos veces, echó a andar hacia aquel lugar.

Phyllis le siguió de cerca. El joven abrió la puerta del granero y estudió el interior, dividido en dos partes por un gran tabique de tablas, perfectamente ensambladas. Pero la división no era en dos mitades iguales, sino que una de las partes ocupaba solamente un tercio del edificio.

A la izquierda había una puerta de madera, sujeta con una sencilla aldaba. Lexis abrió y estudió lo que parecía una habitación completamente vacía, con el suelo de tierra batida.

De pronto, vio algo que llamó su atención. Aquella estancia disponía de una ventana, cuyos postigos estaban cerrados. Después

de abrirlos, se acercó al lado opuesto y se arrodilló, para escarbar el suelo ligeramente con los dedos.

Phyllis le contemplaba con gran atención. Pasados unos minutos, Lexis se puso en pie.

—¿Y bien? —dijo la joven, impaciente.

Lexis tenía la vista clavada en el techo, que era de madera, como todo el edificio. El techo se hallaba a unos tres metros del suelo y, a su vez, era suelo de la habitación superior.

—Vamos arriba —dijo al cabo.

Abandonaron la estancia y se dirigieron a la escalera que conducía al piso superior. Lexis buscó la puerta que permitía el acceso a la habitación situada sobre la que acababan de examinar momentos antes.

En realidad, había dos habitaciones. La primera estaba vacía. En la segunda vieron un camastro con las ropas desordenadas.

Aquel camastro era todo el mobiliario de la habitación. Lexis retrocedió a la primera. En uno de los rincones divisó un palo, de poco más de un metro de largo, de sección cuadrada y con una rara muesca en uno de sus extremos.

Lexis asió el palo por la parte opuesta a la muesca. Buscó atentamente y, al fin, encontró en el suelo un pequeño hueco. El palo, por la muesca, encajaba perfectamente en aquel hueco y quedaba en posición casi vertical.

Phyllis se sentía sumamente intrigada por lo que hacía el joven. De pronto, Lexis movió el palo hacia sí, en dirección opuesta a su inclinación.

Casi en el mismo instante, se oyó un seco chasquido y se abrió un hueco en el suelo, de un metro de lado.

La trampilla quedó sujeta por sus bisagras, oscilando con ligeros gañidos, que indicaban falta de grasa.

Phyllis lanzó un grito.

—¡Cad! ¿Qué es eso? —exclamó.

Lexis miró sonriente a la muchacha.

—Mire la viga del techo —señaló—. De ahí se sujetaba la cuerda, con la que se hicieron los ensayos, con Hackill como sujeto pasivo de una ejecución simulada.

—Entonces..., esto es un... patíbulo...

—Al menos, en la parte práctica, una reproducción exacta —

confirmó Lexis.

Ella abrió la boca para decir algo, pero, en el mismo instante, sonaron voces en la planta baja.

—Silencio —aconsejó Lexis rápidamente.

Agarró a Phyllis por un brazo y la llevó junto a la puerta.

—No haga ruido —añadió.

Las voces sonaron con fuerza.

—¿Estás seguro, Richard?

—Perfectamente, Egbert. Tiene que venir. Ya no puede demorarlo más, ¿comprendes?

—Si es así, le aguardaremos —dijo Mountle con torvo acento.

Con el cuerpo pegado al de Lexis, la muchacha le hizo una pregunta al oído. Lexis respondió con un gesto negativo.

—¿Es posible? —se asombró.

—Sí, pero calle, por favor.

Phyllis guardó silencio nuevamente. Abajo, Mountle y Kirsoff seguían charlando animadamente.

Transcurrió un cuarto de hora. Súbitamente, se oyeron varios disparos.

Phyllis se abrazó convulsivamente al joven, aunque el instinto le dijo que debía callar a toda costa. Kirsoff y Mountle chillaron agudamente. Luego, sus gritos de terror se apagaron.

Todavía se oyeron dos disparos más. «Los tiros de gracia», pensó Lexis.

Estrechó a Phyllis contra su pecho. Ella temblaba de la cabeza a los pies. Al cabo de unos momentos, sin embargo, consiguió tranquilizarse.

De pronto, empezaron a oírse unos ruidos extraños en la planta baja.

Phyllis miró al joven inquisitivamente. Lexis se puso el índice en los labios.

Luego, pisando con gran cuidado, se acercó al hueco dejado por la trampilla al caer. Debajo de él, había un hombre con una pala, hurgando en el suelo convulsivamente.

Lexis se retiró con gran cautela. Luego abrió la puerta y buscó la escalera.

Abajo encontró una horca de púas de hierro. Asió el mango y cruzó el establo. Cuando abrió, vio al hombre que cavaba de

espaldas a la puerta. A su izquierda, se veían dos cuerpos inmóviles, sobre sendos charcos de sangre.

Lexis se acercó paso a paso al sujeto. Éste, de repente, notó algo extraño y se volvió, pero, en el mismo instante, unas afiladas puntas de hierro se apoyaron en su garganta.

—Hola, Dickinson —sonrió el joven.

En la puerta, Phyllis lanzó un grito de asombro.

—¡Usted! —exclamó.

Lexis hizo presión con la horca y Dickinson retrocedió hasta que su espalda quedó apoyada en la pared. Los ojos del sujeto estaban llenos de odio.

—Phyllis, aquí tiene usted al asesino de su padre —dijo el joven.

—No puedo creerlo. Se me hace absurda esa idea... Y, sin embargo, sé que es verdad —dijo Phyllis con voz entrecortada.

—Pues ya puede empezar a creerlo, porque ahí debajo, donde Dickinson estaba cavando, se encontrará el dinero robado al Banco. Y también algo más macabro: el cuerpo de Hennings.

—¡Entonces, murió ahorcado!

—Sí. Lo engañaron. Hicieron todas las pruebas y los ensayos, pero, solamente para convencer a Hennings de que lo salvarían. Sin embargo, cuando su compinche ocupó el puesto del verdugo, colocó deliberadamente mal el artificio que debía salvarle la vida y Hennings murió, tal como había ordenado la sentencia.

—No hay pruebas contra mí... —articuló Dickinson trabajosamente.

—Hay dos cadáveres y una pistola en su bolsillo. Las pruebas anteriores, en realidad, importan ya poco —dijo Lexis—. Le condenarán por estas dos muertes, créame.

—Usted ha llegado a adivinar mi identidad...

—Sí, porque la primera muerte, a nombre de Hennings, fue cometida en un día festivo. En cuanto a los otros crímenes, todos tuvieron lugar en horas en que usted no trabajaba. Aparte de eso, no fuma, ¿verdad?

—Nunca me gustó el tabaco. Pero ¿qué tiene que ver...?

—Lo dijo el sargento MacNeil, el día en que vino a ver a Hyams, y lo asesinó, después de darse cuenta de que empezaba a dar muestras de debilidad. Realmente, pienso que la idea general fue suya, cuando empezó a notar que Hyams tomaba dinero que no le

pertenecía. Incluso juraría que le hizo chantaje, a fin de realizar el atraco. Hyams, lógicamente, tuvo que ceder, confiando en que el robo del dinero cubriría su falta y también en que algo sacaría del asunto.

«Usted lo acordó todo con Hennings y éste vino a esconder el dinero aquí, precisamente, en éste lugar donde nos encontramos ahora. Hennings, por supuesto, se encargó de reclutar a los cuatro atracadores, que luego fueron asesinados, con objeto de evitar un reparto del botín. Pero no fue Hennings quien los mató, como todos creíamos, ya que los atracadores estaban conformes en aguardar una buena temporada, a fin de permitir que el asunto se “enfriase”. Claro que algo de dinero se quedaron, era lógico que tuvieran la boca cerrada. Además, también los necesitaba para el supuesto plan de salvación de Hennings. Pero usted los convenció para que Hennings muriese. Ellos, posiblemente, no le conocían a usted, aunque Hennings sí le había facilitado todos los datos personales de los cuatro compinches. Una vez conseguido el objetivo, esos cuatro desgraciados ya no le interesaban para nada».

—Ahora empiezo a comprender —dijo Phyllis.

—Lo celebro —sonrió el joven—. Hennings, por otra parte, no cometió el crimen del que se le acusó. Este caballero convenció a seis personas para que declarasen en contra del acusado. Ninguna de las seis personas tenía lo que se dice un pasado limpio. Y todos ellos solían efectuar sus operaciones en el Banco Stilwell, un lugar apartado de Londres y discreto. Así, como cajero, usted tuvo ocasión sobrada para ir conociendo a los seis testigos falsos. Y sondeándolos discretamente, por supuesto.

—Es usted infernalmente listo —gruñó Dickinson—. Aquella noche, debí haber puesto dinamita en lugar de arena dentro del bote.

—Sí, para usted hubiera sido tal vez muy conveniente —sonrió Lexis—. Pero creyó que con la amenaza tendría más que suficiente y en eso se equivocó. Phyllis, acérquese con cuidado, por mi derecha, y busque en los bolsillos de Dickinson. Encontrará algo muy interesante.

Ella obedeció. Momentos después, sacaba una máscara de tejido muy flexible.

—El rostro de Hennings —exclamó, atónita.

—Esa máscara se adapta perfectamente a las facciones. Todo el que le vio alguna vez, creyó que Hennings seguía vivo, cuando, en realidad, sus restos están bajo nuestros pies.

—Bien, pero, entonces, ¿quién mató a la persona de cuyo crimen fue acusado Hennings?

—El amigo Dickinson, naturalmente. Y la víctima era una mujer, con la que Hennings, celoso, tenía una cuenta que saldar. Ella le había abandonado, aunque no era su esposa, desde luego, pero Hennings, no podía soportar la idea de verse preferido por otro. Hennings tenía un defecto: era bastante charlatán y Dickinson se enteró así de los sentimientos de Hennings hacia aquella mujer. Posiblemente, Hennings decía más de lo que estaba dispuesto a hacer, pero Dickinson no desaprovechó la ocasión. Con la promesa de repartir el botín a partes iguales, logró convencer a seis personas para que atestiguaran falsamente contra el supuesto criminal. Y Hennings acabó en la horca. ¿Lo entiende ahora, Phyllis?

—Sí, pero me queda una duda —manifestó la joven.

—Hable, por favor.

—¿Quién asesinó a mi padre?

—Dickinson. Era el único que podía hacer salir de casa a su padre, mediante una llamada telefónica.

—No puede probarlo —gruñó el acusado.

—La señora Brandall, asistenta del difunto señor Blakeney, tomó el teléfono en primer lugar y reconoció su voz. Me lo dijo ayer, precisamente. El resto vino por sus pasos contados... sobre todo, si pensamos en que Kirsoff y Mountle acudieron aquí por una falsa llamada, lo mismo que usted.

Había un brillo insano en los ojos de Dickinson.

—Ha sido usted el que...

—Sí. No pensé que llegase hasta el extremo de cometer dos asesinatos más, pero me equivoqué. De todos modos, lo pasado no se le podrá probar, pero pagará por estas muertes.

Phyllis se volvió a un lado.

—Era tan amigo de mi padre...

—Su padre tuvo la mala suerte de pensar demasiado. Ciertamente que no atinó por completo al sospechar de Hyams, pero por este cabo se podía desenredar el ovillo entero. Su padre no desconfiaba, en cambio, de Dickinson, por lo que le contó sus sospechas. Eso fue lo

que le condujo a la muerte.

—Lo siento, Phyllis, lo siento terriblemente —dijo Dickinson—. Pero tenía que hacerlo...

Ella no contestó. De pronto, Se oyó un ruido de automóvil en el exterior.

—La policía —anunció Lexis.

Súbitamente, Dickinson apartó la horca a un lado y echó a correr hacia la salida. Phyllis chilló a la vez que saltaba a un lado.

El asesino logró ganar la puerta. Fuera sonaron voces de alto.

Se oyeron algunos estampidos. Luego, alguien dijo:

—¿Por qué no quiso obedecer nuestras órdenes de detenerse?

Lexis atrajo a la joven hacia sí.

—Dickinson acaba de perder definitivamente su última partida —murmuró.

—Sí, pero ¿por qué hizo todo aquello? —preguntó Phyllis, a la mañana siguiente, en el despacho del joven.

—Por dinero, claro. Se enteró de las debilidades de Hyams y pensó en aprovecharse de la ocasión. Era un plan tal vez demasiado rebuscado, pero estuvo a punto de tener éxito.

—¿Qué es lo que lo hizo fallar?

—Usted, cuando no creyó en la teoría del accidente de su padre.

—Sí, comprendo —suspiró Phyllis.

La secretaria entró en aquel momento con el correo. Lexis empezó a abrir sobres. En uno de ellos encontró un cheque por valor de ciento setenta libras.

—¡Mire, Phyllis! Barneth acertó en el pronóstico. Ganamos ocho a uno —dijo Lexis alegremente.

—No está mal —sonrió ella—. ¿Piensa seguir apostando?

—Sí, aunque no a las carreras de caballos.

—¿Galgos?

—No. Apuesto doble contra sencillo a que me invita a comer el próximo domingo.

—Ha ganado —contestó Phyllis.

—Y entonces, me contará usted el secreto de sus viajes.

—Bien, la verdad es que soy empleada de lo que ahora se suele llamar una empresa multinacional. Esos viajes sirvieron para que mis jefes consiguieran promocionar cierto nuevo producto. Y a mí me rindieron sustanciosos beneficios, eso es todo.

—Ah, yo creí...

—No piense mal, sátiro —le reprochó ella—. O le haré perder la apuesta sobre la comida.

Lexis sonrió.

—Entonces, el domingo haré otra apuesta —dijo.

—¿Sí?

—Apostaré a que vamos a seguir viéndonos con muchísima frecuencia. Y, con el tiempo, a diario... como se ven marido y mujer.

—Es posible que también ganes esta apuesta —respondió Phyllis alegremente.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

